

APUNTES PARA LA COMPRESIÓN DE LA DINÁMICA DE OCUPACIÓN DEL ACTUAL TERRITORIO NAVARRO ENTRE EL VI Y EL III MILENIO

Jesús GARCÍA GAZÓLAZ*

RESUMEN: Se presenta un análisis de la ocupación del actual territorio navarro, entre el VI y III milenio, a través del conocimiento que hoy se tiene del medio biogeográfico y de las bases de poblamiento que lo explotaron, incidiendo en la importancia de los procesos de neolitización en esta dinámica.

SUMMARY: An analysis of the occupation of the present Navarrese territory, between the VI and the III millenium, across the knowledges of the biogeographical ambience that are taken nowadays and the basis of the settlement which exploited it, is showed, falling into the importance of the process of neolithization in this dynamic.

1. INTRODUCCIÓN

Intentar un ensayo de reconstrucción de la dinámica y desarrollo poblacional para un territorio en tiempos prehistóricos no es tarea fácil y más teniendo en cuenta que ese territorio se justifica en una organización político-administrativa histórica. Suponer que las actuales fronteras de esta comunidad tuvieron en el pasado más remoto cierto significado es probablemente un error suficiente como para no justificar, en principio, el ámbito espacial de estas notas. Sin embargo, las peculiares características biogeográficas de la provincia atenúan, en parte, esta situación.

Un hecho que se desprende de estas características es la consideración de Navarra como "Tierra de contrastes": recuérdese la división tradicional en Montaña, Zona Media y Ribera y cómo, en poco más de 100 kilómetros, encontramos una diversidad ecológica que hace de este territorio uno de los más pintorescos de la Península Ibérica.

Así pues, creemos que es tal el número y la variedad de unidades de paisaje natural, de cuya explotación y a cuyos condicionamientos climático-ecológicos se adaptarían las formas culturales de los grupos prehistóricos, que es factible este intento.

* Departamento de Historia: Área Arqueología. Universidad de Navarra. 31080 Pamplona.

Esta variedad nos permitirá establecer, aunque tan sólo en algunos casos y de manera muy preliminar, la dinámica de ocupación del actual territorio foral entre el VI y III milenio a. de C. Podría ser esta la razón por la que se justificase parcialmente el marco geográfico escogido para este trabajo, sin que por ello dejemos de ser conscientes de las limitaciones y presunciones que ello implica a la hora de encarar una investigación prehistórica.

Si hemos aludido a las dificultades que plantea el ámbito espacial, no son menos las presentes para el marco temporal elegido.

Tradicionalmente, nos vemos obligados en la investigación prehistórica a un acotamiento cronológico a partir de unas periodizaciones heredadas, cargadas de contenido cultural y que en muchas ocasiones no reflejan la realidad que el registro arqueológico nos va mostrando día a día. Esta dificultad puede ser paliada a través de una obra de conjunto, como la abordada en este número, que analiza un continuo temporal desde el Paleolítico Inferior hasta épocas históricas.

La división por épocas establecida para los artículos de esta obra -en nuestro caso entre el Neolítico Avanzado y el final del Calcolítico- tiene un significado eminentemente práctico. Se ha pretendido asignar determinados períodos a especialistas o investigadores que dedican a los mismos sus esfuerzos desde hace más o menos tiempo, sin que ello suponga asumir la existencia de unas "rupturas" cronológico-culturales entre los grupos prehistóricos. Por ejemplo, no creo que existan criterios convincentes para separar el estudio de los primeros vestigios del Paleolítico navarro de los de sus momentos finales, si nos basamos en la idea de que todos ellos fundamentan sus economías en la depredación. Resulta también difícil asumir que con el final del denominado Neolítico antiguo o inicial asistamos a la desaparición de los últimos cazadores recolectores o que el inicio de la Edad de los Metales represente un cambio cualitativo en todos los órdenes de la vida del hombre, que conlleve diferencias taxativas entre los estadios culturales anteriores y posteriores.

Nos parece, en definitiva, poco conveniente aplicar a Navarra un proceso de evolución unilineal, marcado por las "rupturas" a las que hemos aludido y que coincidirían con los límites de las periodizaciones que normalmente se emplean en Europa Occidental.

No es nuestra intención con estas líneas rechazar cualquier periodización que se proponga, sino más bien llamar la atención sobre el contenido real de éstas para nuestro territorio y en el estado actual de los conocimientos. No olvidamos que de momento estamos obligados a periodizar, a efectuar aco-taciones en el tiempo, aunque somos también conscientes de que cuanto más profundizamos en el conocimiento más impreciso y vago se muestra el contenido de periodos, etapas, facies, etc.. Asimismo resulta evidente lo poco que conocemos de estos milenios en Navarra y cómo, conforme la investigación avanza, se ponen de manifiesto nuestras lagunas sobre muchos aspectos.

Teniendo en cuenta este tipo de datos, no debe extrañarnos que algunos términos como Neolítico, Calcolítico, Eneolítico, etc. presenten en esta situación un contenido conceptual muy confuso y contradictorio. Tanto es así, que los primeros momentos del Neolítico no implican en este territorio los cambios atribuidos al comienzo de este periodo (sedentarización, economía productora, etc.) para otras zonas de la Península Ibérica, tales como el área levantina. Lo mismo ocurre con el Calcolítico, periodo en el que no se ha podido documentar en Navarra el inicio de las producciones metalúrgicas locales.

Contribuyen también a esta confusión determinados planteamientos excesivamente simplistas. En ellos se asume, por ejemplo, que, a partir de un momento concreto, en los asentamientos que encontramos en Navarra se produce un cambio irremisible que aboca a las comunidades prehistóricas a abandonar las cuevas y a desarrollar un cambio en sus estrategias de explotación del territorio, asistiendo, ya en el Neolítico Avanzado, a la extinción de los últimos establecimientos de cazadores. No obstante, comprendemos este tipo de planteamientos y nomenclaturas, cuyas bases se asientan sobre los escasos datos con que cuenta la investigación de estos milenios en Navarra. Esta situación ha obligado a emplear las aportadas por otras regiones y/o países, a veces muy alejados del nuestro, para erigir un entramado explicativo lógico.

Nos parece que es el momento de matizar estas cuestiones, comprobando si lo que vamos conociendo del acontecer de aquellos tiempos se adecua correctamente a las antiguas hipótesis y periodizaciones, o si por contra se hace necesario proponer otras nuevas.

Ya he señalado en otra ocasión (García Gazólaz, J. 1994) la necesidad de dar comienzo a una Fase de Explicación, que se instituya en marco de discusión en el que tengan cabida los procesos de cambio acaecidos durante estos milenios (VI al III) en Navarra.

No creemos que exista una Fase Descriptiva (proceso de conocimiento y descripción de hechos) conclusa. Por otra parte, estamos convencidos de que la acumulación de datos no lleva en Prehistoria al conocimiento directo sino que es necesario tratar de explicar continuamente todos y cada uno de los interrogantes que el registro nos plantea.

Desgraciadamente este planteamiento tan obvio no siempre se ve reflejado en la investigación. Esto ha dado lugar a que la mayoría de los numerosos interrogantes que plantea el reconocimiento de los procesos de neolitización de estos territorios no hayan encontrado hasta el momento respuesta. Creemos necesario, a la luz del estado de nuestra actual Fase Descriptiva, que los investigadores que centran sus estudios en esta cuestión, comiencen por aclarar y fijar conceptos y términos para, a continuación, aportar hipótesis razonables que vayan aclarando (proceso de construcción), o al menos permitan a otros aclarar (proceso de reconstrucción), un poco el oscuro devenir del hombre entre el 6.000 y el 1.800 a. C. en Navarra.

2. OBJETIVOS

Pretendemos centrarnos en un aspecto concreto, aunque de contenido globalizador, sobre los grupos humanos que habitaron Navarra a lo largo de esos cuatro mil años: la ocupación del territorio y su incidencia en la vida de aquellas gentes.

En el desarrollo del texto trataremos de no caer en el exclusivo establecimiento de una ordenación de lugares, materiales, técnicas y yacimientos, a modo de estado de la cuestión sobre el conocimiento arqueológico de esta etapa. Nuestros intereses están en la línea de reconocer y explicar los diferentes sistemas de ocupación del actual territorio navarro, de acercarnos a la organización del espacio regional a través de los diferentes aspectos que conocemos, hasta alcanzar las bases sobre las que se asienta su poblamiento.

¿Cómo, por qué y cuándo se ocupan y explotan determinados espacios de esta área geográfica?

A lo largo de esos milenios, ¿se modifican o mantienen las estrategias de ocupación/explotación? ¿Cómo, por qué y cuándo? Son éstas algunas de las interrogantes que con gran optimismo nos hemos propuesto resolver en este trabajo.

Lógicamente cada época puede plantear una gran variabilidad en la aplicación concreta de cada una de ellas. Así, sería relevante tener en cuenta la diferente naturaleza de los lugares habitados en estos momentos: cuevas, abrigos o emplazamientos al aire libre.

Es factible que las estrategias de explotación del territorio fueran diferentes dependiendo de la modalidad de asentamiento que cada grupo humano escogiese, que a su vez se localizaría en un hábitat determinado. De esto se desprende, que es de gran importancia tener presente esa variabilidad y más teniendo en cuenta la hipótesis comúnmente aceptada hasta la fecha, que habla de un abandono de las cuevas y su sustitución por lugares al aire libre, con el desarrollo del Neolítico y la adopción de los nuevos modos de vida productores. Ello nos lleva a la consideración de que la única causa desencadenante de este fenómeno de cambio en las estrategias de explotación del territorio, con las consecuencias que se supone ello conllevaría, tiene un marcado carácter económico. Se soslaya, no obstante, que detrás de algunos de estos procesos de cambio pueda haber otro tipo de factores (sociales, ideológicos, etc.), incurriendo en una nueva vuelta a la simplificación de los planteamientos.

El desconocimiento de este tipo de factores, que debieron incidir, son uno de los grandes escollos con los que cuentan las actuales investigaciones para dar interpretaciones satisfactorias.

Otra importante dificultad es la falta de datos sobre la demografía de la época, a pesar del aumento demográfico que se le viene atribuyendo, además del escaso conocimiento del medio biogeográfico de Navarra en esos momentos.

Quedan en evidencia dos hechos fundamentales:

Conocemos buena parte de las interrogantes a resolver. Para su resolución, controlamos tan sólo algunos de los indicadores arqueológicos claves, aunque somos conscientes de que deben faltarnos otros. Además, no sabemos en ocasiones cómo valorar la presencia de los primeros o interpretar la ausencia de los segundos.

Que los denominados procesos de neolitización son de vital importancia para entender el desarrollo de la ocupación del territorio a lo largo de esos cuatro milenios.

Para ir aportando un poco de luz a este oscuro panorama contamos con un endeble registro arqueológico (Fase Descriptiva), al que repetidamente sometemos a nuestros modestos esfuerzos hipotizadores a fin de dar respuesta a las cuestiones planteadas.

En primer lugar hemos de tratar de "imaginarnos" cómo debió ser el medio físico entre el 6.000 y el 1.800 a. C., para evaluar las ofertas e inconvenientes que pudo ofrecer a los distintos grupos humanos. A continuación, daremos un repaso al significado de los restos legados por el hombre, que no son otra cosa sino el producto de la explotación del entorno: las bases arqueológicas conservadas que nos ayudan a ilustrar esta problemática.

Tras precisar algunas cuestiones de concepto y forma, claves para comprender el resto del planteamiento, pasaremos a dar una explicación centrada en aquellos casos que puedan reconstruirse con mayor certeza, antes que pretender alcanzar una entidad generalizadora.

Hasta aquí hemos trabajado con hipótesis para esas situaciones mejor controladas. Sin embargo, la necesidad de una síntesis y una explicación a escala provincial de la dinámica de ocupación del territorio, teniendo en cuenta las carencias de conocimiento aducidas, conllevará un carácter meramente intuitivo y quizá "poco científico" de las mismas.

3. HISTORIOGRAFÍA

No vamos a alargarnos demasiado en este apartado, pues no disponemos de trabajo alguno que de forma monográfica y por extenso haya analizado el tema en cuestión.

Sin embargo, de honrosas y excelentes excepciones pueden calificarse dos publicaciones, que, aunque de forma desigual y con objetivos bien distintos, han tocado de alguna manera la dinámica de ocupación del territorio en esta época. Por una parte, la síntesis que sobre Prehistoria de Navarra publicaran en 1980 L. Barandiarán y E. Vallespí, quienes, pese a la escasez de datos controlados en aquellos años, apuntaron una serie de interesantes hipótesis al respecto. Por otra, el reciente estudio de uno de ellos (Barandiarán, I. 1992), donde se recoge la problemática de este tipo de estudios, ahondando en el caso de la ocupación prehistórica de la Sierra de Urbasa.

Aparte de estos dos, existen otros trabajos que, aunque se han ocupado de los periodos Neolítico a Edad del Bronce (Beguiristáin, M.A. 1982 y 90; Armendáriz, J. e Irigaray, S. 1991-92), no han tratado de dar una explicación a los procesos de ocupación de la provincia. Sus objetivos se han centrado en el establecimiento de una periodización ordenada a partir del registro arqueológico conocido, asignando éste a cada estadio.

No pueden olvidarse tampoco las publicaciones dedicadas a la presentación monográfica de determinados yacimientos. En algunas de ellas, como en los casos de la cueva de Zatoya (Barandiarán, I. y Cava, A. 1989) y del abrigo de La Peña (Cava, A. y Beguiristáin, M. A. 1991-92), se realiza un estudio exhaustivo del proceso de ocupación del yacimiento para cada época, profundizando en las estrategias de explotación del medio.

Peculiares características reviste uno de nuestros trabajos (García Gazólaz, J. 1994), en el que hemos tratado de aportar una alternativa a las tradicionales periodizaciones, tan poco acertadas para nuestra casuística particular, a la par que de ofrecer una explicación a los procesos de neolitización desde un punto de vista casi exclusivamente economicista. En esta línea seguimos profundizando, a partir de análisis de las estrategias de ocupación, que pusieron en práctica los grupos humanos que habitaron la actual Navarra, durante las cuatro diferentes fases que establecimos para explicar el desarrollo de los procesos de cambio económico de estos milenios.

De lo expuesto se deduce que nuestros apuntes van a ser los primeros en centrarse, a escala regional, en aspectos ocupacionales y poblacionales. Con todo, no pretenden ser más que un modesto intento por dar continuidad a una Fase Explicativa para este tipo de problemáticas, poco frecuentes en las publicaciones sobre Prehistoria de Navarra.

4. RASGOS DEL MEDIO FÍSICO PRIMITIVO DURANTE EL HOLOCENO

Uno de los pasos previos para iniciar el estudio de la dinámica y el desarrollo ocupacional del actual territorio navarro, es el conocimiento, lo más exhaustivo posible, de las características del medio físico entre los milenios VI y III a. C.

¿Cuáles fueron las condiciones biogeográficas en que se desarrolló la vida del hombre en Navarra durante esos miles de años?

Los datos que poseemos sobre todos estos aspectos son aún escasos. Contamos tan sólo hasta la fecha con la información proporcionada por tres yacimientos —Zatoya, Abauntz y La Peña—, que nos hablan de un medio geofísico muy particular de rasgos difícilmente extensibles al resto del territorio. Por otra parte, conocemos cuáles eran las condiciones climáticas y las posibilidades de explotación económica del área en que se circunscriben estos tres lugares arqueológicos, aunque en diferentes momentos que oscilan entre el 6.200 y el 1.700 a. C.

En definitiva, alcanzamos a reconocer los rasgos generales de unos pocos hábitats muy concretos, tanto espacial como temporalmente, pero desconocemos los de la inmensa mayoría de todos aquellos yacimientos que, de forma más o menos acertada, pueden encajarse a lo largo de estos cuatro milenios.

Como conclusión, ha de apuntarse que hoy en día tenemos la posibilidad de conocer hábitats concretos, teniendo en cuenta que la suma de este tipo de datos nos facilitará el reconocimiento de los diferentes biotopos que caracterizaron a la provincia en pleno Holoceno. Así, ya podemos ir intuyendo alguno de éstos. Podría incluso plantearse que en la actualidad aquéllos se mantienen, si nos remitimos a los caracteres biogeográficos tan contrastados que ofrece hoy Navarra.

Ya hemos destacado que son exclusivamente tres los yacimientos que por el momento aportan información (sedimentológica, arqueobotánica y arqueozoológica) para comenzar una reconstrucción de las características del medio físico en el actual territorio navarro, entre el final del Epipaleolítico y los inicios de la Edad del Bronce.

El abrigo de La Peña (Cava, A. y Beguiristáin, M. A. 1991-92), situado en la mitad occidental de Navarra, muestra un habitat muy particular entre el final del Boreal y los comienzos del Subboreal. Su peculiar ubicación en un encajado desfiladero junto al río Ega determinó de forma decisiva las posibilidades de explotación de su entorno.

Bajo un clima que se va mediterraneizando a lo largo de la secuencia, se presenta un denso bosque con pino y roble junto a otras especies propias de ribera de río, que irán tomando mayor importancia conforme avance el Atlántico: tilo, olmo, aliso y sobre todo el avellano. A estas circunstancias se circunscribe una fauna rica y variada, compuesta por corzo, sarrio, ciervo, gato montés, castor y marta entre otros. Mención especial merece la importante presencia del jabalí y de las primeras especies domésticas, cabra y cerdo, a mitades del III milenio.

Se trata en definitiva de una fauna marcada por el carácter escarpado y montañoso del emplazamiento y por su ubicación junto a un importante curso de agua permanente, factores que sin duda repercutieron en que a lo largo de toda la secuencia no se encontraran testimonios de una actividad agrícola destacada.

Todos estos datos nos muestran un biotopo relativamente similar al actual, para un enclave sometido a un clima de características cada vez más mediterráneas, donde determinadas actividades económicas, como la caza y en menor medida la ganadería, debieron resultar especialmente favorables. A pesar de que a escasos kilómetros el medio ofrecía unos biotopos que hubiesen facilitado la puesta en marcha de economías de amplio espectro, el hombre escogió este abrigo para asentarse y desde él explotar los recursos que el habitat ofrecía. Podríamos clasificar este biotopo de cazador y ganadero. En él estas actividades se llevarían a cabo satisfactoriamente con los conocimientos y equipamientos que estaban a disposición de la comunidad de La Peña. Esta interpretación no supone que necesariamente estos grupos quedasen reducidos a este tipo de explotación/ocupación. Asentamientos como el que nos ocupa pudieron tener una vigencia estacional y desarrollar sistemas económicos diferentes o complementarios en otros biotopos cercanos.

En conclusión, resulta evidente que la comunidad que ocupó este abrigo, durante su estancia en él, supo adaptarse perfectamente a su entorno y explotar un medio cuyas características debía conocer bien.

La cueva de Zatoya (Barandiarán, I. y Cava, A. 1989) se enmarca en un habitat muy diferente. A lo largo de sus ocupaciones (entre el 6.200 y el 4.370 a. C.), desarrolladas entre el final del Boreal y el Atlántico, encontramos unas particularidades biogeográficas diferentes a las de La Peña. El registro palinológico marca el paso de un robledal mixto durante el Boreal a una disminución de éste en el Atlántico, con un aumento del tilo y el olmo al comienzo de este periodo climático y un predominio del avellano, enebro, brezos y helechos en su pleno desarrollo. Parece ser que durante el Subatlántico se asistió a una innegable desforestación de la zona. Toda esta evolución acontece dentro de un clima más húmedo y templado, con sintomatología atlántica, radicalmente distinto del apreciado en esta misma época en el área del abrigo de La Peña.

En este medio encontramos una fauna formada básicamente por ciervos, bóvidos, caballos, cabras, corzos y una presencia cada vez más dominante del jabalí. No se aprecian restos de especies domésticas, con la salvedad del perro, tal vez apoyo en actividades cinegéticas.

De nuevo estamos ante un biotopo eminentemente cazador. El hombre ocupa estacionalmente la cueva en estos milenios y basa su economía en la explotación de los recursos que este habitat le brinda: la caza y la recolección.

Los datos que nos ofrece el yacimiento de la cueva de Abauntz (Utrilla, P. 1982) no son tan abundantes ni detallados como los de Zatoya. Sin embargo, se destaca la presencia de una vegetación similar a la actual para momentos atlánticos, con masas de bosques ricos y variados (avellano, abedul, aliso, tilo, olmo y pino) en medio de un clima que va adquiriendo los actuales matices oceánicos (bastante húmedo y templado). Dentro de este marco, los grupos humanos que habitaban la cavidad durante el Holoceno desarrollaron una economía mixta basada en la caza y la ganadería en torno al 3.340 a. C.

Al hilo de estas situaciones se nos ocurren varias ideas:

Los datos de cada uno de estos yacimientos representan habitats particulares. Sus moradores adoptaron soluciones de explotación concretas de los biotopos que resultan, sin que tengamos la suficiente apoyatura para generalizarlos a espacios más o menos cercanos.

Se detecta la existencia, fundamentalmente a partir del periodo Atlántico, de unos biotopos variados a lo largo de la geografía navarra. Aunque no podemos comparar las actuales características biogeográficas de Navarra con las de aquella época, sí parecen destacarse ya unos marcados contrastes entre unas zonas y otras del territorio.

En algunos casos, que habrá que ir dilucidando, el hombre pudo escoger su establecimiento en una u otra zona por las características biotópicas que ofrecía, sobre la base de unos determinados conocimientos de explotación del medio. No obstante, no cabe descartarse que en ocasiones no fuese éste el criterio de elección principal, sino que influyeran otros (por imposición natural o humana), bastante más difíciles de determinar. Estos otros factores impulsarían a algunos grupos humanos a ocupar un espacio, acorde o no con sus modos de vida, y éstos deberían generar los mecanismos de adaptación necesarios.

— A partir del estudio de los biotopos que caracterizaron el territorio en esta época y de los conocimientos y aptitudes del hombre prehistórico para poder explotarlos, podremos ser capaces de establecer los criterios y causas de elección, organización y desarrollo de la ocupación/explotación del espacio navarro a lo largo de su Prehistoria y más en concreto de los milenios que aquí, con gran optimismo, nos proponemos analizar.

Por el momento, poseemos un cierto grado de certeza al plantear la posibilidad de que a partir del Atlántico se constata la existencia de variados paisajes naturales, así como la ocupación de gran parte de ellos por los grupos humanos que caracterizaron el periodo cronológico comprendido entre los últimos estadios del Epipaleolítico y los del Calcolítico.

A partir de aquí comienza la ardua tarea de desentrañar esa relación hombre-medio, como vía para conocer el proceso de ocupación del territorio.

5. LAS BASES ARQUEOLÓGICAS

Además de ir controlando los matices de hábitats y biotopos, es fundamental conocer en profundidad el otro factor que entra en juego en un análisis de ocupación del espacio prehistórico: las capacidades del hombre para sacarles un rendimiento efectivo. Es imprescindible ir definiendo los conocimientos, técnicas y estrategias que se emplearon en esa labor. En este punto actúa un fenómeno de vital importancia, como es la neolitización. Asistimos a lo largo de estos milenios al devenir de unos procesos de cambio, de adaptación, hacia nuevas técnicas y estrategias de explotación del medio.

Para caracterizar este fenómeno es indispensable hacer un repaso a las bases arqueológicas controladas en la actualidad. Necesitamos conocer aquellos espacios (yacimientos) sobre los que el hombre intervino, estudiando todas las particularidades de estas actuaciones a través del registro que hoy podemos rescatar en estos parajes.

De todo ese registro generado tan sólo conocemos, en la actualidad, una mínima parte y de una forma muy desigual. De muchos de estos yacimientos quizá haya dado cuenta el paso del tiempo, ya sea por causas naturales o antrópicas, y otros muchos todavía no hemos sido capaces de localizarlos, o lo que es peor ni tan siquiera nos lo hemos propuesto. A esto se añade que son muy pocos los yacimientos donde se ha realizado un estudio monográfico completo (prospección, excavación, análisis de laboratorio, etc.), como para reconstruir con cierto detalle la vida del hombre en estos enclaves.

Teniendo en cuenta estos parámetros, resulta obligado ensayar un "catálogo" donde se exponga y valore la información disponible de todos los 1 ugaros habitados entre el 6.000 y el 1.800 a. C.

Con objeto de dar cierto orden al mismo comenzaremos con aquellos donde, en mayor o menor grado, se han realizado actuaciones directas, a través de sondeos y/o excavaciones, continuando con aquellos en los que únicamente se obtiene información por medio del estudio de los materiales recuperados en superficie.

A) Yacimientos que aportan información por los sondeos y/o excavaciones en ellos realizados (Figuras 1 y 2).

En este apartado se incluyen tres tipos de situaciones diferentes. De un lado aquellos lugares: La Peña, Zatoya y Urbasa 11, para los que contamos con una publicación monográfica como punto final de su estudio. Por otro un grupo de localizaciones más numeroso: Aizpea, San Pelayo, Las Aceras, El Saso, Las Parcelas y La Facería en los que, habiéndose dado por concluidos los trabajos de campo, sus depósitos permanecen en estudio y se pueden cotejar, en algunos casos, los primeros resultados a través de publicaciones preliminares. Y por último dos yacimientos (Abauntz y Padre Areso) donde en la actualidad se continúa excavando, aunque disponemos de informes no definitivos, más o menos extensos (Vid. Fig. 1 y 2).

ABRIGO DE LA PEÑA (MARAÑÓN)

Las excavaciones efectuadas, que afectaron a algo menos de 10 m², han situado el comienzo de la ocupación del abrigo durante el Epipaleolítico Reciente de facies geométrica (con una datación radiocarbónica de 5.940 ± 120 a. C. de la parte media del n. d). Sus pobladores fueron un grupo humano que solucionaba su abastecimiento alimentario mediante la caza de ungulados en los bosques cercanos. Estos modos de vida van a perdurar a lo largo del Neolítico, destacándose como indicios de neolitización la presencia de fragmentos cerámicos y de retoque en doble bisel en determinados geométricos en el techo del n. d.

En la transición al Calcolítico puede inscribirse el n. c de la estratificación, con un uso sepulcral colectivo. Ya en pleno Calcolítico (2.400 ± 80 a. C. para el primer tercio del n. b) y posteriormente en la Edad del Bronce y del Hierro el abrigo continuará sirviendo de refugio a grupos de cazadores y pastores trashumantes (el n. b ofrece testimonios del conocimiento de la domesticación de ovicápridos, ganado bovino y de cerda), pero siempre de un modo temporal, ya que se supone que estas poblaciones tenían unos asentamientos más estables en otras zonas no alejadas del abrigo, pero ya fuera del corredor natural en el que se encuentra.

Bibliografía: Beguiristáin, M. A. y Cava, A. 1985; Cava, A. y Beguiristáin, M. A. 1987 y 1991-92.

CUEVA DE ZATOYA (ABAURREA)

Tres campañas de excavación y 14 m² excavados han permitido la preparación de una amplia y metódica monografía, que expone con todo detalle una explicación coherente sobre la vida del hombre en la cueva, entre el Magdaleniense avanzado y un impreciso Calcolítico-Bronce.

Nos detendremos aquí en los niveles Ib (Epipaleolítico Pleno) y I (Neolítico Antiguo), correspondiendo el primero de ellos al Boreal y el segundo al Atlántico.

Como en los momentos finales del Magdaleniense, en estos otros más recientes la cueva está ocupada por un grupo (estimado entre 12 y 18 personas) dedicado a la caza de ungulados salvajes, básicamente jabalíes, especie que sería dominante en medio de un denso bosque de robledal mixto, olmos, avellanos, tilos, enebros, bojés, etc. Se capturaron individuos jóvenes, cuya carne se preparaba (despiece) en la cueva.

Durante el Epipaleolítico, y muy probablemente también a lo largo del Neolítico, la cavidad se ocuparía entre finales de la primavera y principios del otoño abandonándola en la estación más fría del año. Debían llegar con todo su utillaje preparado, utilizando tan sólo el sílex local (de escasa calidad) para herramientas que no precisaban una alta especialización y eficacia, pero nunca para sus utensilios de caza: las armaduras geométricas.

En la mitad superior del n. I aparecen, como único indicio de neolitización, fragmentos de cerámica manufacturada de escasa calidad técnica. Las dataciones absolutas obtenidas para el n. Ib se sitúan en el 6.310±550 y 6.200±220 a. C., mientras que la del n. I es de 4.370±280 a. C.

Bibliografía: la monografía del yacimiento se puede consultar en Barandirán, I. y Cava, A. 1989.

URBASA 11 (SIERRA DE URBASA)

Yacimiento al aire libre localizado en el altiplano de la Sierra de la Urbasa, a unos 925 mt. s. n. m. , en la vertiente sur de una ladera y próximo a un punto de agua permanente.

En 1981 se llevó a cabo una campaña de sondeos que dieron como resultado la comprobación de la remoción total del depósito arqueológico, motivada por las recientes actividades agrícolas a las que se ha visto sometido el lugar.

A pesar de esto pudo recuperarse en superficie un cuantioso lote de evidencias, fundamentalmente de piedra tallada (más de 3.000 restos de talla y utensilios en silex) con algún testimonio del pulimento de la misma. A través del estudio tecno-tipológico y estadístico de estos restos, se ha determinado que el núcleo de habitación debió estar formado por elementales cabañas, ocupadas por un grupo humano que conocía el pulimento de la piedra, la recolección de vegetales tal vez domésticos y una técnica alfarera escasamente desarrollada, en algún momento del Neolítico Antiguo-Medio.

Haremos referencias a algunas evidencias que la autora del estudio interpreta como "pasadas" esporádicas de gentes en momentos posteriores, probablemente durante el Calcolítico-Bronce, cuando nos centremos en la caracterización de los asentamientos al aire libre tan numerosos en estos momentos.

Bibliografía: el estudio monográfico del yacimiento se encuentra en Cava, A. 1986b.

ABRIGO DE AIZPEA (ARIVE)

Finalizadas las tres campañas de actuaciones, ha podido establecerse la correspondiente secuencia estratigráfica de este abrigo rocoso, situado a los pies del río Irati y a unos 730 mt. s. n. m..

El lugar se ocupa por primera vez durante el Epipaleolítico Reciente de facies geométrica, lo que equivaldría a la mayor parte del n. b, y cuyas dataciones son 5.840 ± 70 , 5.210 ± 70 y 4.880 ± 70 a. C. Continúa a lo largo del Neolítico Antiguo, parte superior del n. b, con una datación de 4.420 ± 70 a. C. Coronando el depósito se documenta el n. a, con escasos restos arqueológicos, entre los que destacan una industria cerámica manufacturada de imposible asignación a un momento concreto postneolítico.

Parece que a lo largo de todo el n. b los ocupantes del abrigo, que en un momento avanzado del Epipaleolítico Reciente fueron los responsables de una inhumación individual al fondo del mismo, vivieron de la caza de ungulados y de la pesca en el río Irati. Al final de este nivel a su impedimenta se incorporará una tosca y escasa cerámica, y la técnica del doble bisel en la conformación de algunas de sus armaduras de flecha; éstos serían los indicadores de un incipiente Neolítico en lo que a técnicas industriales se refiere.

En la actualidad está en marcha la preparación de una monografía extensa y de carácter multidisciplinar.

Bibliografía: Cava, A. 1991-92 y 93-94.

SAN PELAYO (ARELLANO)

Este yacimiento al aire libre se ubica sobre un gran cerro amesetado en el piedemonte de Montejurra. La aparición de gran cantidad de materiales arqueológicos en superficie, producto de las continuas e intensas labores agrícolas que ponen en peligro la conservación de este tipo de yacimientos, motivó la realización de una campaña de sondeos en 1991. La tipología de las evidencias, tanto líticas como cerámicas, junto a la presencia de extensas manchas oscuras en donde el material se concentraba, abogaban por una ocupación importante y de amplio espectro cronológico: entre un Neolítico reciente y un Bronce Medio.

Tras la intervención realizada se sigue fijando la ocupación de lugar en los mismos límites cronológicos establecidos con el estudio de las evidencias superficiales. Desgraciadamente no se han conservado restos estratigráficos de los establecimientos más antiguos (Neolítico-Calcolítico), ofreciendo datos más clarificadores los restos exhumados pertenecientes a un fondo de cabaña del Bronce Medio.

Bibliografía: Armendariz, J. 1993-94.

LAS ACERAS (LARRAGA)

Como en el caso anterior este asentamiento al aire libre se localiza sobre la superficie de un cerro, aunque de menores dimensiones, cercano al río Arga. El fuerte proceso erosivo al que se ve sometido puso en evidencia la presencia de materiales arqueológicos y de dos manchas cenicientas en superficie, por lo que se procedió a una excavación de salvamento.

Terminado el trabajo de campo, se ha interpretado uno de los cenizales como un hogar con abundante material arqueológico, ofreciendo el resto del yacimiento un único nivel de ocupación de escasa potencia y sin evidencias de una estratificación intacta. Asignado en principio a un Bronce Antiguo-Medio, se ha replanteado al aportar una datación absoluta de 2.270 ± 100 a. C.

Bibliografía: Armendáriz, J. 1991; 1991-92; Armendáriz, J. e Irigaray, S. 1991-92.

EL SASO (OLITE)

Yacimiento al aire libre situado sobre una terraza del río Cidacos. Fue descubierto y excavado durante 1993, gracias a los trabajos de prospección y seguimiento arqueológico de las obras del Gasoducto Internacional LarrauVillar de Arnedo.

Además del material que afloraba en superficie, se lograron identificar tres estructuras de planta circular, de tipo hoyo, excavadas en la gravera fluvial. Su relleno no se presentó estratificado, sino que se hallaban colmatados por desechos del propio yacimiento. Entre las evidencias rescatadas en el interior de los hoyos destaca un lote significativo de industria lítica tallada, y una serie de restos de cerámica que curiosamente no aparecían en superficie.

Bibliografía: Inédito. Comunicación personal de J. Sesma, encargado del seguimiento arqueológico.

LAS PARCELAS (IBIRICU-LEZAUN)

La enorme cantidad y calidad de evidencias arqueológicas recogidas en superficie que, tras un primer examen tipológico, ponían en evidencia una amplia secuencia cronológica ocupando buena parte del Holoceno, ha sido una de las razones que han motivado la realización, en 1990, de una campaña de sondeos sobre este peculiar lugar arqueológico. Se han reconocido numerosas concentraciones de materiales a lo largo de una amplia zona, emplazada en la divisoria de las sierras de Urbasa y Andia, bajo la falla de Zumbelz. Puede calificarse como una altiplanicie de montaña (a 840 mt. s. n. m.) rodeada de escarpes más elevados, lo que la convierte en un excelente refugio.

Los sondeos han puesto de manifiesto la ausencia de un contexto estratigráfico para el ingente número de materiales de superficie motivada, una vez más, por las actividades agropecuarias en la zona, que han llevado a la destrucción de los yacimientos sondeados.

Aun así, la tipología de algunos de estos objetos permiten un acercamiento cronológico, pudiendo apreciarse una amplia secuencia desde un Epipaleolítico Antiguo hasta momentos Calcolíticos.

Bibliografía: Barandiarán, I. y Vegas, J. I. 1990. Comunicación personal de M. A. Beguiristáin, responsable de los sondeos y del estudio que de los yacimientos se está llevando a cabo.

LA FACERIA (CAMPANAS)

El hallazgo fortuito del yacimiento, situado sobre la superficie amesetada (570 mt. s. n. m.) de un glacis de erosión de la Sierra del Perdón, en pleno corredor que comunica la Cuenca de Pamplona con el Sur de Navarra a través del Carrascal, se produjo en 1994. Antiguas extracciones de áridos en esta zona habían destruido parcialmente siete estructuras en hoyo excavadas en las gravas cuaternarias. El mismo año dirigimos una intervención de urgencia, en la que se pudo comprobar que se trataba efectivamente de siete estructuras en hoyo, de morfologías pseudocirculares y con diámetros y profundidades muy variadas. Se conservaban parcialmente, ya que las palas excavadoras los habían seccionado en mayor o menor medida.

A modo de hipótesis preliminar se puede afirmar la existencia en el paraje de un lugar de habitación, del que tan sólo se conservan algunas de las estructuras en hoyo, que tal vez hubieran ido asociadas a otras de tipo cabaña o choza. En general parecen ser antiguos silos y basureros que han ido rellenándose parcialmente por los desechos del asentamiento mientras éste estuvo ocupado, ya que con su abandono se colmataron de forma natural.

Se puede clasificar la economía de sus pobladores como de amplio espectro, a juzgar por la evidencia de prácticas agrícolas (se recogió una muestra respetable de semillas de cereal doméstico), ganaderas (entre la fauna recuperada y a la espera de su estudio puede apreciarse la existencia de restos domésticos) y probablemente de caza. El utillaje se compone tanto de industria lítica tallada y pulimentada, como cerámica y ósea.

Por el momento todos los datos apuntan hacia un momento cronológico dentro del Calcolítico.

Bibliografía: Inédito. En estudio por J. García Gazólaz, estando a la espera de los resultados de los análisis arqueobotánicos y radiocarbónicos.

CUEVA DE ABAUNTZ (ARRAIZ)

Situada en el Valle de la Ulzama, se encuentra en un paso estrecho del barranco de Abauntz, en el peñasco de Arizerte, sobre el arroyo Zaldazain, a unos 630 mt. s. n. m..

Hasta el momento se han realizado ocho campañas de excavación, que podemos dividir en dos etapas. Las cuatro primeras, en los años 70, que dieron como resultado una publicación monográfica (1982) del depósito controlado hasta ese momento. Posteriormente, y con carácter de salvamento, ante el peligro que supone para la conservación del yacimiento la proyectada construcción de un pantano en la zona, se ha intervenido en cuatro ocasiones más (1988, 91, 93 y 94), planteándose la realización de alguna nueva campaña.

Los trabajos de campo han puesto de manifiesto hasta la fecha que se trata de una de las estratificaciones más interesantes de la Prehistoria de Navarra, arrancando de un Solutrense Superior hasta alcanzar momentos romanos. Aquí nos interesa la utilización de la cueva durante la formación de los niveles c, b4, b2 y b1.

Durante el Calcolítico (n. b2 y b1) la cavidad será utilizada con fines sepulcrales en diferentes momentos, con rituales y ajuares también diferentes. Estos enterramientos de características tan variadas se han datado en el 2.400 ± 70 y 2.290 ± 140 a. C.

El n. b4 presenta una datación de 3.440 ± 120 a. C., que permite encuadrarlo en un Neolítico Medio-Final. En este momento ocupan la cueva gentes con una asentada producción alfarera, y un utillaje lítico tanto tallado como pulimentado; incluso se han localizado fragmentos de molinos de mano. Aparte de este variado bagaje material, se detecta la presencia de estructuras de combustión y de toda una serie de pequeños hoyitos interpretados como agujeros de poste o pequeños depósitos, lo cual podría suponer la existencia de una compartimentación interna de la cueva.

Un tratamiento especial debe hacerse al "polémico" n. c, sobre el cual los directores de la investigación no acaban por definirse. Su elevada datación (4.960 ± 450 a. C.), junto a la asignación que se hizo de la industria lítica tallada de la base del nivel de características claramente preneolíticas y la presencia de escasas cerámicas manufacturadas nos lleva a decidimos por un momento de desocupación de la cavidad, caracterizado por la formación de una costra calcárea totalmente estéril. Esta hipótesis no la descartan sus investigadores, ya que existe la posibilidad de que esos fragmentos cerámicos se colasen desde el n. b4 por causas antrópicas o naturales.

Bibliografía: fundamentalmente en Utrilla, P. 1982; Utrilla, P. y Mazo, C. 1991-92 y 1993-94.

ABRIGO DEL PADRE ARESO (BIGÜEZAL)

Se localiza, a unos 900 mt. s. n. m., sobre la vertiente meridional de la Sierra de Illón. Este yacimiento, descubierto por J. Maluquer, fue excavado en 1977, 79 y 85 por M. A. Beguiristáin. Tras estas campañas pudo controlarse una secuencia que arrancaría de un Epipaleolítico Reciente de facies geométrica (n. IV), continuando con dos momentos de ocupación neolíticos, uno Antiguo (n. III) y el otro Pleno (n. II), y culminaría en un impreciso Calcolítico-Bronce (n. la y b).

El hecho de que en un momento determinado de la excavación apareciese una inhumación individual en fosa, en principio asignada a los ocupantes del n. II, impidió cualquier tipo de reconstrucción espacial del asentamiento en sus etapas más antiguas. Esta particularidad, junto a la interesante secuencia que parece presentar, nos ha motivado para la reanudación de los trabajos de excavación en el sitio.

Así, en 1994 hemos realizado la primera campaña de esta segunda fase de intervenciones. En ella hemos podido comprobar la existencia de un primer nivel (n. I) con un momento de habitación de la Edad del Bronce. Tras éste se ha excavado un segundo nivel (n. II) encuadrable en una fase por determinar del Neolítico. Las características de la sedimentación de este paquete abogan por la posible existencia de, al menos, dos momentos diferentes de ocupación sucesivos. Del más reciente de ellos (n. IIa) se ha excavado una estructura de combustión, y en la segunda (n. IIb) se han localizado los restos de un muro que configura una estructura rectangular, la cual compartimentaría el espacio del abrigo. El material recuperado data de un momento neolítico caracterizado por la presencia de cerámicas impresas, pulimentados y una industria lítica tallada a base de triángulos con retoque en doble bisel, además de abundante fauna con la posibilidad de la presencia de especies domésticas.

Esperamos que venideras campañas determinen la entidad y significado de esta estructura, así como contribuyan al conocimiento de la organización del espacio en el abrigo a lo largo de los diferentes momentos en que fue ocupado.

Bibliografía: Beguiristáin, M. A. 1979 y 87. Los resultados de la campaña de 1994, dirigida por J. García Gazólaz, permanecen inéditos.

B) Yacimientos cuya interpretación se ha realizado exclusivamente a través del estudio de las evidencias que sus actuales superficies ofrecen (Figuras 2 a 6)

En este apartado se incluyen la inmensa mayoría de los yacimientos considerados en este estudio. Su caracterización es compleja, aunque sobre ello

incidiremos más adelante. Si bien, es necesario recalcar que este hecho dificulta el establecimiento de algún criterio para el ordenamiento de su catalogación.

De algunos yacimientos, los menos, encontramos publicaciones monográficas. El estudio de otros se ha realizado en conjunto, agrupándolos bajo criterios geográficos, en el mejor de los casos, o incluso administrativos. Debido a esta situación no podemos dejar de reflejar nuestras limitaciones en este análisis, ya que de algunos de ellos tan sólo conocemos su existencia y localización gracias a comunicaciones personales de diversos investigadores y aficionados.

Los materiales de un buen número permanecen en colecciones particulares de difícil acceso, a pesar de que en algunos casos se nos ha brindado la posibilidad de disponer de los mismos¹. En ocasiones contamos con publicaciones que, encaminadas al estudio de otras épocas, tratan estos enclaves sin realizar estudios profundos sobre los mismos. A todo ésto hay que añadir la segura existencia de muchos otros a los que no hemos tenido acceso alguno, lo que empobrece sin duda nuestro catálogo.

Todas estas circunstancias van a marcar el contenido y ordenación del siguiente listado que, en definitiva, se ocupa tan sólo de aquellos asentamientos de los que tenemos algún tipo de información que vaya más allá de su mera existencia.

El catálogo que se presenta agrupa los yacimientos por amplias áreas geográficas, de Norte a Sur de la provincia.

LLANADA DE ESPINAL-BURGUETE (Figuras 2 y 3)

Esta espaciosa hondonada, situada entre 900 y 1000 mt. s. n. m., drenada por multitud de regatas que alimentan el curso alto del río Urrobi y bien delimitada por diversas elevaciones pirenaicas, ha sido desde hace varios años objeto de una metódica prospección por parte de J. M. Martínez Txoperena, quien a medida que se han ido abriendo viejos pastizales para la creación de tierras de labor, estableciendo praderas artificiales o abriendo nuevas pistas de montaña, pacientemente ha recorrido estos terrenos en busca de evidencias arqueológicas.

¹ Desde estas líneas quiero hacer constar mi agradecimiento a J.M. Martínez Txoperena, con cuya colaboración desinteresada hemos contado siempre. Sus muchos años dedicados a la localización de este tipo de yacimientos, me ha permitido conocer un buen número de ellos. Así ha ocurrido en los casos de la zona de Espinal-Burguete, Cuenca de Pamplona y Valle de Iba rgo i ti .

La zona era ya conocida desde antiguo por la intervención de J. M. de Barandiarán y T. de Aranzadi en varios dólmenes, y más recientemente por la excavación de importantes vestigios de época romana. Sin embargo hasta estas prospecciones no se conocían asentamientos al aire libre, los cuales vienen a confirmar la presencia, en territorios tan septentrionales, de grupos humanos encuadrables en la Prehistoria Reciente.

Hasta el momento son 13 los asentamientos localizados. Y aparte de diferencias de orden cuantitativo entre las evidencias que registran, todos ellos se caracterizan por poseer una nutrida industria lítica tallada, con una presencia destacada de utensilios pulimentados y un modesto número de restos cerámicos y fragmentos de molinos de mano.

Tras un examen preliminar que hemos realizado sobre alguno de estos conjuntos, podría deducirse que abarcan una secuencia comprendida entre el Neolítico Pleno y el Calcolítico.

Bibliografía: Inédito. Comunicación personal de J. M. Martínez Txoperena, descubridor y actual depositario de todo el material.

SIERRA DE URBASA (Figuras 2 y 4)

Las investigaciones se iniciaron ya a principios de siglo, con la excavación de las primeras sepulturas dolménicas por el trio Barandiarán-AranzadiEguren. Desde entonces la Sierra ha sido objeto de numerosos abatares desde el punto de vista arqueológico que, en lo que a nuestra época respecta, han culminado con la publicación en 1990 de un estudio monográfico sobre la ocupación del altiplano desde el Neolítico al final de la Edad Antigua.

En este amplio trabajo, donde se echa de menos una referencia a la metodología de prospección llevada a cabo, se resume una situación muy particular para los grupos humanos que ocuparon Urbasa entre el Neolítico y el Calcolítico. Se piensa en unos establecimientos estacionales suponiendo que durante los rigores invernales la sierra se desocuparía. Podrían ser regímenes de explotación anual con un calendario similar al actual, en parte explicable por la supuestas actividades pastoriles, y con obligadas trashumancias, asignadas a las poblaciones dolménicas de la montaña navarra. Además este espacio geográfico les ofrecería otros recursos como caza, frutos silvestres, madera, materia prima de buena calidad para fabricar sus utillajes, etc.

Se acercan a la veintena los lugares de habitación y/o explotación, más o menos estables, ocupados por el hombre. Sus evidencias han sido estudiadas por A. Cava, fundamentalmente en lo que respecta a las industrias líticas talladas. De algunos de estos lugares poco es lo que se puede concluir, al haber entregado series de escaso interés tanto cualitativa como cuantitativamente. Del resto algunos han sido asignados al Neolítico, otros arrancarían también de este periodo y perdurarían a lo largo del Calcolítico, perteneciendo las restantes ocupaciones a este último periodo. Los más interesantes, sin duda, son los del Raso de Zatola, Aranzaduya, Fuente de los Mosquitos y el ya analizado de Urbasa 11.

En todos se recuperan de forma mayoritaria restos de industria lítica tallada, lo que permite pensar que en ellos, como en la mayoría de los asentamientos de estas épocas para el resto de Navarra, se realizaron labores de talla. La materia prima utilizada mayoritariamente era el sílex que aflora en el área septentrional de la Sierra. Además algunos yacimientos entregan otros materiales (cerámica, pulimentados, molinos de mano, etc.) que permiten pensar en lugares de ocupación del tipo pequeños poblados, siendo éste el caso de Urbasa 11.

Bibliografía: Cava, A. 1986 y 88 a; Barandiarán, I. y Vegas, J.I. 1990.

CUENCA DE PAMPLONA (Figuras 2 y 5)

En 1974 se dieron a conocer los dos primeros yacimientos que podían corresponder al ámbito cronológico de este estudio, situados en los términos municipales de Barañáin y Cordovilla.

Desde entonces la Cuenca ha sido objeto de numerosas investigaciones arqueológicas, que se han ido centrando en la Edad del Hierro y en el periodo romano. Ha sido a partir de los años 90 cuando se han iniciado nuevas investigaciones en este territorio de tanta personalidad geográfica. Sus magníficas condiciones de habitabilidad, que se traducen en un extenso abanico de recursos naturales, debió producir un ineludible atractivo a las comunidades prehistóricas. De hecho, hoy están en marcha numerosos trabajos que se centran en los diferentes periodos del devenir tanto prehistórico como histórico.

Nuestro interés por la Cuenca comenzó gracias a la colaboración de J. M. Martínez Txoperena, quien nos facilitó abundante información sobre yacimientos asignables, en principio, al marco cronológico del que aquí nos ocupamos. A lo largo de 1993 visitamos estos asentamientos y localizamos otros nuevos. La puesta en marcha en el presente año de un proyecto de investigación desde el Departamento de Historia: área Arqueología de la Universidad de Navarra, nos ha permitido aunar esfuerzos con un objetivo más amplio y ambicioso: reconstruir la ocupación humana en la Cuenca de Pamplona desde el Neolítico hasta la romanización.

Las primeras prospecciones sistemáticas realizadas este año han comenzado a dar importantes resultados, aunque fundamentalmente para momentos protohistóricos, contando para los anteriores con los datos que ya habíamos acumulado. De tal forma que en la actualidad se conocen un total de 29 yacimientos para estos cuatro milenios a los que venimos haciendo referencia. Desde luego este número se incrementará conforme la prospección avance, pero ya se pueden ir destacando algunas consideraciones.

En general todos los yacimientos proporcionan un variado elenco de evidencias, compuestas mayoritariamente por restos de industria lítica tallada, acompañándoles herramientas pulimentadas, cerámica, restos de fauna, utensilios de molienda, objetos de adorno personal, etc., que los arados han puesto al descubierto en las últimas décadas.

Entre todos ellos cabe destacar Paternanbidea², que cuenta con un importante lote de industria lítica tanto tallada (con más de 10.000 evidencias en sílex y algo más de 1.000 en cristal de roca) como pulimentada (con una docena de hachas y azuelas), además de cerámica, molinos y morteros de mano y presencia de abundante fauna en superficie.

Dejaremos para más adelante el análisis concreto de los sistemas de ocupación de ésta y otras zonas. Se trata de áreas en la que el registro arqueológico es más amplio y conocido, al haber tenido la oportunidad de manejar sus materiales de forma directa o indirecta a través de una bibliografía precisa.

Bibliografía. Vallespi, E. 1974; Nuin, J. y Borja, J.A. 1991; Nuin, J. 1994. La práctica totalidad de los yacimientos están inéditos, pero en proceso de estudio en el marco del citado proyecto de investigación, al haber sido cedidos por J. M. Martínez Txoperena.

VALLE DE IBARGOITI (Figura 2)

La personalidad geográfica de este valle es indiscutible, sus características lo convierten en corredor natural y vía de comunicación entre la Cuenca de Pamplona y la de Lumbier-Aoiz.

En la década de los años 70 se dieron a conocer las primeras evidencias de esta época que tratamos. Nos referimos a los materiales recogidos en una serie de enclaves poco definidos, descubiertos por el prospector local F. Setuáin. Se citaba un yacimiento en Equísoain y otro en el término de Salinas de Ibargoiti (Gasu o La Mina). Además se apuntaba la posibilidad de que los materiales cerámicos y pulimentados aparecidos en la vertiente septentrional de la Higa de Monreal proviniesen de algún abrigo rocoso de la misma. Todos estos hallazgos eran atribuidos a la Edad del Bronce.

² En la actualidad venimos realizando una campaña de sondeos con objeto de comprobaren que medida las modernas labores agrícolas han afectado al registro arqueológico existente.

Desde entonces no se ha vuelto a publicar ningún hallazgo de estas épocas en este área. Si embargo, cuando J. M. Martínez Txoperena inició en los años 80 las prospecciones en el valle, se puso de manifiesto una intensa ocupación que SE traduce en la actualidad en el descubrimiento de 16 yacimientos, todos ellos asignables a momentos cronológicos Neolíticos y Calcolíticos. Estas estaciones serían lugares de habitación de variada entidad y duración, sobre cuyas superficies se han recogido básicamente industrias líticas talladas y pulimentadas, y en algunos casos una escasa muestra cerámica, junto a fragmentos de utensilios de molienda, etc.

Bibliografía: Vallespi, E. 1974. Todos los yacimientos localizados por J. M. Martínez Txoperena permanecen inéditos.

CUENCA DE LUMBIER-AOIZ (Figura 2)

El conocimiento arqueológico de estas épocas para la zona se remonta a 1959, cuando A. Marcos y S. Mensua descubren en término de Lumbier un pequeño yacimiento atribuible a la cultura dolménica, según se afirma en la publicación del mismo en 1974. Tras estos primeros pasos no tenemos noticias hasta el momento actual. Una vez más J. M. Martínez Txoperena pone en nuestro conocimiento la existencia de dos yacimientos de estas épocas en el término de Lumbier.

Por otra parte en 1991 se inicia un proyecto de investigación del que ahora comienzan a conocerse sus primeros resultados. En él se propone un estudio de la ocupación humana a lo largo de la Prehistoria de esta Cuenca prepirenaica, que comenzaría por una prospección sistemática del terreno. Se dan a conocer cuatro yacimientos, atribuidos a la Prehistoria Reciente, en los términos de Artajo, Villaveta, Zuasti y Zuzo, en la órbita de la confluencia de los ríos Erro e Irati. Esperamos que este interesante proyecto siga adelante, aportando nuevos datos para el conocimiento arqueológico de este enclave geográfico de tanta entidad.

Bibliografía: Beguiristáin, M. A. 1974; Roncal, M. E. et alii 1994. Los yacimientos del término de Lumbier localizados por J. M. Martínez Txoperena permanecen inéditos.

CUENCA DEL RIO SALADO (Figura 2)

En 1990 localizamos casualmente dos yacimientos en las márgenes del pantano de Alloz. Las características de uno de ellos, Salusín, nos animaron a presentar el resultado de su estudio en el XXI Congreso Nacional de Arqueología un año después. En esas mismas fechas se daban a conocer los primeros resultados de las prospecciones que hacía años estaba realizando en la zona J. Armendariz. A través del mapa de dispersión de yacimientos que éste incluye en su trabajo, puede comprobarse que pasan de la treintena los asentamientos que esta cuenca presenta entre el Neolítico Pleno y el Bronce Medio.

Los hallazgos se concentran en torno al Pantano de Alloz y en el curso bajo del río Salado, quedando la parte alta, por el momento, sin evidencias de ocupación para estas fechas.

Además de los importantes trabajos de campo, comentados hasta ahora, tenemos conocimiento de nuevas localizaciones en el curso bajo del río gracias a las prospecciones de A. Alcalá, que se centran en los términos de Cirauqui y Mañeru.

J. Armendáriz establece tres estadios culturales en la ocupación de este territorio. Habla de un horizonte en el Neolítico Pleno, que significaría la primera ocupación postpaleolítica de esta zona caracterizado por yacimientos como Lerate, Olienzu o Salusín. Le sucedería un momento Calcolítico que englobaría la mayor parte de los yacimientos, y por último un estadio centrado en el Bronce Antiguo-Medio que actuaría de transición hacia los poblados de la Edad del Hierro.

Bibliografía: García Gazólaz, J. (en prensa); Armendáriz, J. 1991 y 91-92. Tanto los yacimientos localizados por J. Armendáriz como por A. Alcalá permanecen inéditos.

LA CUBETA DE ARTAJONA (Figura 2)

En 1963 se dió a conocer el primer yacimiento en este área para estos momentos cronológicos. J. Maluquer planteaba en su trabajo la posibilidad de que en el paraje de Farangortea existiese un pequeño poblado en relación con el dolmen próximo del Portillo de Eneriz.

Posteriormente, en 1974 E. Vallespí ampliaba el conocimiento arqueológico de esta zona con dos nuevos yacimientos, La Corraliza y La Corraliza de Tirapu, que pasaban a engrosar el conjunto que de este tipo de manifestaciones se iba conociendo en Navarra y que él asignaba a la Edad del Bronce.

No será hasta la celebración del I Congreso General de Historia de Navarra cuando se presenten siete nuevos yacimientos: Aguarroya, Andioz, Artadía, Cercondoa, Chirrituría, Landerdoya y Saragoría en el término municipal de Artajona, aunque en este caso con una pobreza cuantitativa y cualitativa de sus materiales muy evidente. Debieron ser pequeños asentamientos, tanto espacial como temporalmente, que se han situado en un Eneolítico-Bronce.

Bibliografía: Maluquer, J. 1963; Vallespí, E. 1974; Bañales, M. 1987.

CURSO ALTO Y BAJO DEL RIO ARAGÓN (Figura 2)

El río Aragón a su paso por Navarra debió concentrar en sus áreas de influencia numerosos núcleos de población en época prehistórica. Hoy conocemos alguno de esos enclaves gracias a distintos tipos de aportaciones. De un lado están aquellas localizaciones cuyo descubrimiento no obedece, en principio, a un plan de prospecciones preestablecido, este es el caso de Saso I y II (Liédena) y de la Val del Rey I y II (Mélida y Carcastillo). Por otra parte destacan los cinco asentamientos hallados en la prospección del término de Sangüesa: Mongallés I y II, San Babil, El Sasillo y Valdecomún, incluidos en toda una serie que ha supuesto la carta arqueológica del término.

A los de Liédena se les asigna una cronología de finales del Calcolítico, y se ponen en relación con actividades agrícolas; por el contrario los de la Val del Rey se explican como asentamientos de grupos ganaderos del Calcolítico.

Para los del término de Sangüesa, el autor de su estudio les ha supuesto una vida sedentaria en unos poblados incipientes durante la Edad del Bronce. Siendo grupos que vivirían principalmente de la ganadería y de una forma secundaria de la agricultura, suponiendo un complemento importante en la dieta de estas gentes la carne conseguida mediante actividades de caza y pesca.

Bibliografía: Labeaga, J. C. 1987; Sesma, J. 1987; García Gazólaz, J. 1993.

SIERRA DE IZCO Y VAL DE AIBAR (Figura 2)

De esta amplia y variada zona geográfica ya en el año 1974 se publicaron cuatro yacimientos en los términos de Abínzano, Izco, Leoz y Sabaiza. Todos ellos se sitúan en la vertiente meridional de la Sierra de Izco. Las evidencias que de estos yacimientos conservaba F. Setuain, su descubridor, eran casi exclusivamente líticas y no muy numerosas.

Recientemente J. M. Martínez Txoperena nos ha informado sobre la existencia de cinco yacimientos más, dos en la vertiente meridional de la sierra y tres en la zona del Val de Aibar, ya en las tierras bajas que descienden hasta el río Aragón. En esta última zona se centraron las labores del Inventario Arqueológico de Navarra en sus comienzos, con la prospección sistemática de los términos de Cáteda y Gallipienzo. Aunque tenemos noticia del hallazgo, en estos trabajos, de yacimientos que podrían corresponder al segmento cronológico que estamos barajando, no disponemos todavía de los datos concretos.

Bibliografía: Vallespí, E. 1974. Tanto los yacimientos descubiertos por J. M. Martínez Txoperena como los hallados durante las prospecciones del Inventario Arqueológico de Navarra en los términos municipales mencionados permanecen inéditos.

CUENCA MEDIA Y BAJA DEL RÍO ARGA (Figura 2)

Son únicamente los trabajos de prospección de J. Armendáriz los que aportan información para comprender la dinámica de ocupación de estos territorios surcados por el río Arga.

Más de 20 son ya los yacimientos asignados a un impreciso Neolítico-Bronce. El más destacado sería el de Elerdia (Puente la Reina), que ha sido estudiado monográficamente y ubicada su vigencia en el Neolítico Pleno. El área más poblada de estos tramos de la cuenca del Arga coincide con la confluencia de ésta y la del río Salado. El autor de estas investigaciones establece tres estadios, con unas culturas materiales perfectamente diferenciables, similares a los que hemos visto para el caso de la vecina cuenca del Salado, y que comenzando en un Neolítico Pleno culminan durante el Bronce Medio. De momento no podemos establecer con exactitud la dispersión de la ocupación en cada uno de esos estadios, ya que en el mapa de localización de los yacimientos se sitúan bajo el mismo símbolo los de cronología Calcolítico-Bronce Medio (Armendáriz, J. 1991, 58).

Los asentamientos se extienden a todo lo largo del curso del río, pero en su zona más baja, cercana a la desembocadura en el Aragón, la densidad de yacimientos es muchísimo más reducida que la de tramos superiores, como ocurre en la confluencia de las desembocaduras de los ríos Robo y Salado en el Arga.

Bibliografía: Armendáriz, J. 1991, 1991-92 y 1992.

PIEDEMONTA OCCIDENTAL DE LA SIERRA DE UJUÉ Y CUENCA DEL RÍO CIDACOS (Figura 2)

Desde 1986 se conocían los resultados de las prospecciones realizadas en este territorio por C. Jusué y M.A. Beguiristáin. Además de una serie de localizaciones claramente protohistóricas, se presentaban otras: Bescos, Geringa, San Antón, Turrubio y Baretón, que se incluían en un momento Eneolítico. Sería ésta una etapa en que se ocuparían las terrazas de ambos márgenes del río Cidacos.

Esta presencia de población se ve confirmada y ampliada por uno de los yacimientos que ya hemos citado en la primera parte de este catálogo: El Saso.

Además conocemos la existencia de otros lugares arqueológicos de este tipo a través de algunas citas en la bibliografía manejada, este es el caso del interesante yacimiento de Ilagares, en San Martín de Unx. Incluso tenemos constancia de las prospecciones realizadas por un aficionado local, gracias a cuya labor se han localizado una gran cantidad de asentamientos inéditos.

Bibliografía: Beguiristáin, M. A. y Jusué, C. 1986; Armendáriz, J. e Irigaray, S. 1991-92.

OTROS ASENTAMIENTOS EN TIERRA ESTELLA (Figura 2)

Las características de este epígrafe son un tanto peculiares, ya que engloba yacimientos muy diferentes y que además se sitúan en espacios geográficos también diversos, corroborando los marcados contrastes que inciden en esta comarca.

Por una parte enumeraremos asentamientos cuya localización se produjo hace ya bastantes años (décadas de los 60 y 70), debido a las prospecciones, carentes de cualquier estructuración previa, emprendidas por aficionados locales. Por otra debemos anotar que desconocemos los datos resultantes de la realización de la I y II Fase del Inventario Arqueológico de Navarra (1993 y 94), y de las actuaciones que ya la administración emprendió antes de la puesta en marcha de este nuevo plan, y que sin duda han debido ofrecer yacimientos como los que ahora analizamos. Hasta la fecha las prospecciones sistemáticas se han centrado en los términos municipales de: Los Arcos, El Busto, Mendavia, Armañanzas, Barga, Lazagurría, Espronceda, Marañón, Cabredo Genevilla, Lapoblación, Arróniz, Sesma y Desojo.

En 1974 E. Vallespí publicaba la existencia de siete yacimientos en los términos de Baríndano, Mendaza, Piedramillera, Oco, Learza, Desojo y Muniáin de la Solana. Algunos presentaban nutridas colecciones de piedra tallada y pulimentada, aunque probablemente el más interesante de todos sea el de La Plana (Muniáin de la Solana). En éste se recuperó un variado lote de evidencias pertenecientes a un pequeño poblado donde se agruparían un reducido número de chozas, enclavadas en una terraza elevada del río Arga.

Tras esta importante y pionera aportación aparece publicado en 1977 el trabajo de licenciatura de A. Monreal, centrado en la elaboración de la carta arqueológica del término de Learza. En ella se destacan siete asentamientos que ofrecen entre sus industrias casi exclusivamente restos de piedra tallada y pulida. Diez años después el mismo autor da a conocer tres nuevos yacimientos con los mismos caracteres que los anteriores. Todo esto pone en evidencia la existencia de una ocupación intensa en un momento de la Edad del Bronce.

En 1990 M. A. Beguiristáin (en Barandiarán, I. y Vegas, J. I. 1990) ha intentado recoger todas las noticias conocidas sobre la Arqueología estellesa en estas épocas. Aportará nuevos yacimientos, que se suman a los ya mencionados (La Garita y Florín en Muniáin de la Solana y Oteiza respectivamente, La Pradrera de San Isidro en Dicastillo, varios restos de pequeños asentamientos en Arellano y lotes de evidencias por definir en Desojo), en su mayor parte inéditos, cuya existencia se conoce gracias a comunicaciones personales de prospectores locales aficionados.

Bibliografía: Vallespi, E. 1974; Monreal, A. 1977 y 87; Barandiarán, I. y Vegas, J. I. 1990.

CURSO ALTO Y BAJO DEL EBRO (Figuras 2 y 6)

En el curso alto del río Ebro a su paso por Navarra tenemos conocimiento de una serie de asentamientos en los términos de Viana y Mendavia. Si bien se enmarcan en el Sur de la denominada Tierra Estella, hemos preferido tratarlos en un marco natural que debió cobrar un importante protagonismo para comprender buena parte de la Prehistoria Reciente de los territorios que surca el río Ebro.

En 1976 J. C. Labeaga publicaba la carta arqueológica del término de Viana. En ésta se incluían como yacimientos de la Edad del Bronce los de La Castellana, Valdevarón y Valdecarro. En 1982 M. A. Beguiristáin da a conocer las evidencias de otros dos conjuntos atribuibles a estas épocas: La Raicilla y La Custodia, correspondiendo en el último caso a la fase de ocupación más antigua del paraje. Recientemente se ha publicado el estudio monográfico del yacimiento de Matamala, con una ocupación datada en la transición al Calcolítico (Irigaray, S. 1992).

Además, con el estudio ya mencionado de M. A. Beguiristáin se conocerán otros muchos yacimientos, interesándonos en este caso por los del término de Mendavia. Todos ellos habían sido recorridos a lo largo de varios años por su descubridor A. Elvira: Imas-Salado, Viñas de San Bartolomé, Valoria, Alto de la Maruja, Rubio Arriba, Vailengua, Legarda, El Torcón, Salinas-Valoria y Viñas de Beraza. Los tres últimos son los más interesantes, y han entregado un elevado número de evidencias de piedra tallada, sin faltar importantes materiales de piedra pulimentada, junto con algún fragmento de cerámica y piezas de molienda.

Un caso algo especial sería el que representa Legarda, donde los materiales

recuperados se encontraban entre "pozos con ceniza", lo cual nos sitúa ante algún tipo de estructura excavada en forma de hoyo, que parecen ser habituales en estos asentamientos al aire libre.

Todos estos lugares se asignaron a un segmento cronológico-cultural amplio: Neolítico-Bronce.

Con los datos de estos dos términos municipales se cierra el abundante catálogo de yacimientos que de Tierra Estella hemos podido recoger.

Continuando el curso del Ebro aguas abajo, se alcanza la Ribera tudelana y las cuencas de los ríos Alhama y Queiles para localizar de nuevo manifestaciones arqueológicas pertenecientes a estos periodos.

En el término municipal de Castejón se conocen ya desde 1962 tres yacimientos: Cerro de la Brea, Cerro del Castillo y Cerro del Soto, situados cerca del Ebro por su margen derecha, con restos casi exclusivamente líticos. La obra de M. A. Beguiristáin (1982) recoge uno más, El Montecillo, de similares características a los anteriores.

Del término de Corella³, E. Vallespí menciona la existencia de nueve yacimientos: Lombatillo, Valles de Muro, Cabezo de la Baraja, El Portillo de Alfaro, Torrecilla, La Nevera, El lleco de la Balbiné, Las Navas y el Ontinar, y otros de entidad como tal más discutible; sin embargo todos se datan en la Edad del Bronce.

Ese mismo año M. A. Beguiristáin aporta la valoración de dos yacimientos del término de Cintruénigo, en los que predominan restos de la talla de la piedra que se remontarían a la Edad del Bronce. E. Vallespí asigna a este mismo periodo los yacimientos tudelanos de Camino de la Albea, Los Portillos de Tudela, La Balsa de Purguel y Valdelafuente, que entregarían materiales similares a los de Corella o Cintruénigo.

³ La localización de estos yacimientos en el Mapa 2 es tan sólo aproximada, al no haber encontrado en la bibliografía consultada una cartografía con su situación precisa.

El resto de yacimientos a los que vamos a hacer referencia proceden del resultado de las prospecciones sistemáticas efectuadas con motivo de la realización de la III Fase del Inventario Arqueológico de Navarra, proyecto en el que hemos participado directamente realizando el estudio de los yacimientos enmarcados en los cuatro milenios que ahora nos interesan.

En dicho proyecto se procedió a la prospección sistemática y exhaustiva de siete términos municipales, encontrando en cinco de ellos yacimientos sumamente interesantes para este periodo. El recuento es como sigue: 1 en Tulebras, 1 en Ribaforada, 2 en Fontellas, 3 en Monteagudo y 42 en Ablitas.

La mayoría de estos yacimientos parecen situarse a lo largo del III y II milenio. Si bien no haremos ahora una referencia más particular, ya que junto a los bardeneros, intentaremos ensayar más adelante un intento de aproximación a los sistemas de ocupación del territorio, en el extremo más suroriental de Navarra a lo largo del tercer milenio.

Bibliografía: Maluquer, J. 1955; LLongueras, M. M. y Monreal, L. 1962; Vallespi, E. 1974; Labeaga, J. C. 1976; Beguiristain, M. A. 1974 y 82; Irigaray, S. 1992. Los yacimientos localizados a lo largo de la III Fase del Inventario Arqueológico de Navarra permanecen inéditos.

BARDENAS REALES (Figuras 2 y 6)

Los datos que hoy nos ofrecen estos parajes proceden de las prospecciones que durante varios años han llevado a cabo J. Sesma y M. L. García como base de sus tesis doctorales.

Sus investigaciones en la Bardena han puesto de manifiesto la existencia de una importante ocupación a lo largo de toda la Prehistoria Reciente. En concreto se trata de 83 localizaciones que evidencian pequeños asentamientos de carácter temporal, tal vez relacionados con explotaciones ganaderas trashumantes entre el Neolítico Final y todo el Calcolítico.

A este panorama vienen a unirse los ocho yacimientos pertenecientes al término de Fustiñana, y enmarcados en un medio físico similar al bardenero. Estos han sido localizados durante las prospecciones efectuadas en la II Fase del Inventario Arqueológico de Navarra y en el que también participamos directamente.

Bibliografía: Sesma, J. 1993. Los yacimientos del término municipal de Fustiñana permanecen inéditos.

6. APORTACIONES "INDIRECTAS"

Hasta el momento hemos manejado como bases arqueológicas aquellos lugares donde el hombre a lo largo de su vida desarrolló toda una serie de actividades (económicas, sociales, religiosas, etc.), y que hoy se nos muestran como la evidencia indiscutible de la presencia de poblaciones más o menos abundantes en el actual territorio navarro a lo largo de cuatro milenios. No podemos olvidar sin embargo aquellos otros en los que buena parte de esos grupos humanos encontraron su última morada.

Aparte de puntuales y de momento excepcionales casos, donde encontramos inhumaciones anteriores a la transición del IV al III milenio, como ocurre en los abrigos de Aizpea y Padre Areso, es absolutamente necesario hacer alusión al gran número de enterramientos conocidos del III milenio y comienzos del II, que se encuadran dentro del denominado fenómeno megalítico.

La historia de las investigaciones del megalitismo ha sufrido acusadas fluctuaciones. Si los primeros pasos de la Prehistoria Navarra estuvieron marcados precisamente por el estudio de este tipo de evidencias (dólmenes de Aralar y Urbasa), en la actualidad vuelve a incidirse en su investigación y análisis. En medio quedan largos años de localización y catalogación que han servido para poder mostrar la extensión e implantación de este ritual de enterramiento en Navarra, y que de una forma gráfica quedan plasmados en la Figura 7.

De él puede deducirse el indiscutible carácter norteño del fenómeno, ya que prácticamente la totalidad de los monumentos se localizan en la llamada Montaña de Navarra. Con todo comienzan a ser cada vez más numerosos los casos que lo amplían y lo van meridionalizando. A este respecto pueden citarse ejemplos de reciente excavación, como el dolmen de Tres Montes en plena Bardena, el magnífico hipogeo de Longar en Viana o los dólmenes de Aizibita (con su excavación todavía en curso) y Characadia en Cirauqui. Creemos que este catálogo se ha de ver ampliado con la realización del Inventario Arqueológico de la provincia, al menos para la Zona Media de Navarra.

En estas breves líneas nuestra intención es tan sólo presentar su extensión espacial y temporal e incidir en la importancia de los datos que nos aportan para entender mejor los sistemas de ocupación de un grupo humano.

Junto a este tipo de manifestaciones funerarias, hay que señalar otra, cuyo conocimiento para el caso navarro es muy deficiente: son las cuevas y abrigos que presentan usos sepulcrales colectivos.

La bibliografía tradicionalmente asigna este tipo de enterramientos a la Edad del Bronce, lo cual llevaría a considerar los casos del nivel. c de La Peña y

B2-B1 de Abautz como excepcionales por sus cronologías antiguas dentro del Calcolítico. Sin embargo, esta fenomenología apenas cuenta con dataciones absolutas, por lo que habremos de esperar a que se confirme el alcance temporal y espacial de este tipo de yacimientos para comprobar si este ritual convivió con el megalítico y en caso afirmativo estudiar de qué manera.

7. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA CARACTERIZACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO: LOS ASENTAMIENTOS AL AIRE LIBRE

Expuestas de forma sumamente esquemática las bases arqueológicas con que contamos en la actualidad y antes de intentar extraer de las mismas cualquier conclusión sobre la ocupación del territorio entre el VI y el III milenio, es necesario exponer una serie de reflexiones a modo de comentario del "catálogo".

La primera de ellas y más evidente es la existencia de importantes vacíos de conocimiento en amplias zonas de la geografía navarra. En segundo lugar, se detecta que de esas bases arqueológicas disponibles se tiene un conocimiento en general parcial y muy desigual.

El primero de los problemas creemos que se debe a la falta de una puesta en marcha de proyectos encaminados a la prospección sistemática del territorio. De hecho, los pocos que han concluido han dado resultados excelentes. Este es el caso de las Bardenas Reales y la Cuenca de Pamplona, iniciativas que se deben a intereses particulares, u otras de carácter público iniciadas por la Administración, como el Inventario Arqueológico de Navarra.

De esta forma, determinadas zonas de la provincia como la Montaña tal vez dejen de ser grandes desconocidas. A pesar de las importantes limitaciones que suponen las prospecciones en este tipo de paisajes, no cabe duda de que la Montaña navarra tiene una importante información que aportar, como así lo han demostrado los reconocimientos efectuados por J. M. Martínez Txoperena en la llanada de Espinal-Burguete, donde se detecta una ocupación importante que hasta este momento era difícil de imaginar.

En suma, no debemos olvidar que nuestro conocimiento sobre los registros arqueológicos que aquellos hombres nos han legado, con el permiso del paso del tiempo, es muy reducido, ya que no controlamos más que una mínima parte y con numerosos problemas de interpretación.

Vamos a centrarnos en la especial problemática que presentan los **asentamientos al aire libre**, que forman la base mayoritaria de este estudio, ya que en líneas generales los yacimientos en cueva y abrigo rocoso que conocemos son aquéllos que se han excavado, y aunque pueden presentar de igual forma abundantes problemas de interpretación, se tiene de ellos un conocimiento bastante aceptable. Esta información ha sido la que ha servido, hasta la fecha, para establecer la secuencia Epipaleolítico-Calcolítico en Navarra.

No podemos decir lo mismo de los casi cuatrocientos yacimientos localizados al aire libre que hemos podido recopilar en este análisis. De ellos sabemos poco, o por lo menos no estamos muy seguros de nuestras interpretaciones; basta con revisar las publicaciones disponibles para corroborar esta impresión. Sus cronologías no se han podido precisar de forma absoluta en casi ningún caso, aunque tienden a inscribirse en momentos más o menos imprecisos entre el Neolítico y la Edad del Bronce. Las terminologías empleadas para definirlos arqueológicamente han sido variadas: talleres de sílex, yacimientos líticos de superficie, yacimientos de superficie, etc.

Las causas de estas imprecisiones e inseguridades se pueden resumir en una sola: todas las interpretaciones y conclusiones a las que sobre ellos se ha llegado se basan en datos procedentes de registros superficiales.

La mayoría de ellos se han visto sometidos a procesos postdeposicionales destructivos, ya sea debido a causas antrópicas, las más comunes, o naturales (erosión), que han provocado la aparición en la superficie de parte de ese registro. Pero, ¿Qué tanto por ciento encontramos en superficie y en qué estado?

Este tipo de yacimientos nos suelen ofrecer un número de evidencias más o menos importante de industria lítica, en función de la entidad del mismo, la intensidad y duración de la prospección y de los procesos destructivos que les hayan afectado. En ocasiones ésta es exclusiva y en otras se asocia con objetos pulimentados, restos cerámicos, utensilios de molienda, de adorno personal, etc..

El particular hecho de que alguno de estos lugares ofrezcan tan sólo materiales líticos tallados llevó a determinados investigadores a considerarlos como talleres de sílex. Pero pronto comenzó a platearse la idea de que estas acumulaciones de restos de talla serían en unos casos el producto de las exclusivas actividades de talla llevadas a cabo en el lugar, siendo estos los casos en los que la denominación talleres de sílex estaría justificada, y en otros el resultado de una tecnología lítica, que formó parte de otras actividades desarrolladas en lugares de habitación de variado tamaño y estabilidad (Vallespi, E. 1972 y 74).

Aparte de esta disociación de conceptos, otros aspectos fundamentales permanecen sin aclarar. Nos referimos a su cronología. A lo largo de las décadas de los 70 y 80 las cronologías apuntadas no han podido ser menos precisas. En los años 70 se hablaba de un Bronce indígena, que se desarrollaría desde el Neolítico Final hasta el Hierro I, para insertar estos yacimientos en la secuencia general de la Prehistoria Regional. En 1980 M. A. Beguiristáin planteó en su tesis doctoral la posibilidad de que este tipo de asentamientos al aire libre comiencen en el Neolítico Final y perduren hasta un momento Pleno de la Edad del Bronce.

En este amplio periodo distingue tres etapas:

- Neolítico Final/Eneolítico inicial (3.000-2.000 a. C.)
- Eneolítico Pleno o II (2.000-1.500 a. C.)
- Bronce Pleno (1.500-1.100 a. C.)

A cada uno de estos periodos crono-culturales se les asimila una serie de yacimientos al aire libre, entre otras modalidades de habitación, con unas características y peculiaridades industriales tanto líticas como cerámicas, que van cambiando con el paso del tiempo de forma suficiente como para poder establecer estos tres estadios.

Este sería el estado de las ideas al comienzo de la presente década. Se había pasado de hablar de talleres de sílex como un fenómeno cultural de gran homogeneidad en todo el nordeste peninsular y encuadrable en la Edad del Bronce, a una primera sistematización de estos yacimientos. Se resuelven por consiguiente los problemas terminológicos sobre la funcionalidad de los mismos en un primer nivel de interpretación de carácter general y se afina en aspectos cronológicos, estableciendo una división de los materiales presentes en las superficies de estos sitios siguiendo un criterio tipológico-comparativo, a partir de su contraste con conjuntos estratificados que se iban datando.

En estos últimos cinco años se está avanzando notablemente en la investigación del asentamiento al aire libre del IV al II milenio en Navarra. Fruto de estas actuaciones son las síntesis de M. A. Beguiristáin (1990) para este tipo de ocupaciones en la comarca de Tierra Estella. En la misma línea se sitúa el trabajo de J. Armendáriz y S. Irigaray (1991-92), ocupándose de los yacimientos postpaleolíticos al aire libre de Navarra, en un intento de, a través de esta terminología, abarcar toda la problemática que este tipo de lugares plantea.

A pesar de las diferencias de forma entre ambos análisis a la hora de sistematizar "estadios culturales" y asignarles un segmento cronológico definido, los dos trabajos basan sus conclusiones en aspectos tipológico-estadísticos. Presencias o ausencias, aspectos cuantitativos, son los pilares sobre los que se sustentan sus interpretaciones.

Analizaremos aquí el más reciente de los dos, que podría considerarse el más "avanzado", al contar con una probada experiencia en este tipo de estudios que se apoya sobre el mucho terreno andado por los que les precedieron. En su trabajo establecen tres estadios culturales, en los que incluyen todos los denominados yacimientos líticos de superficie.

El primero de ellos se centraría en un momento Pleno del Neolítico (4.250-3.250 a. C.). Tras éste se situaría un segmento cronológico con un desarrollo entre el 3.250 y el 1.800 a. C. caracterizado por unos yacimientos culturalmente del Neolítico Final-Calcolítico. Por último un tercer estadio, entre el 1.800 y el 1.200 a. C., se definiría culturalmente como Bronce Antiguo- Medio. A partir de este momento, el empobrecimiento de la industria lítica impediría hablar de yacimientos líticos. Quedan por consiguiente fuera de sus objetivos las manifestaciones arqueológicas del I milenio a. C., que se asocian a unos poblados ya de cierta entidad urbana, es decir, con unas características opuestas a las de los momentos anteriores (4.250-1.200 a. C.), para los que establecen unos modos de vida nómadas. Serían grupos dedicados a la caza y recolección y probablemente al pastoreo. Su trashumancia explicaría la temporalidad de los establecimientos y la gran densidad de éstos, no reconociendo testimonios claros de prácticas agrícolas hasta la Edad del Bronce (1.800 a. C.).

Su sistematización plantea la posibilidad de asignar un asentamiento al primer estadio en caso de que su utillaje lítico tallado presente elementos geométricos (segmentos de círculo sobre todo) conformados mediante la técnica del doble bisel fundamentalmente. No deben presentarse piezas características de los estadios posteriores, puesto que de ocurrir así habría que pensar en dos ocupaciones distintas. El segundo estadio se caracterizaría por la variabilidad en la utilización de armaduras de flecha, ya que a las geométricas se unirían las foliáceas y de pedúnculo y aletas, pero ahora realizadas mediante la técnica del retoque plano. El resto del utillaje lítico tallado se mantendría sin cambios. El tercero vendría determinado por el empobrecimiento de la industria lítica tallada, a excepción de puntas de flecha y sobre todo dientes de hoz, que serían muy frecuentes, llegando casi a desaparecer el denominado utillaje de sustrato. Este sería el esquema bajo la perspectiva de la industria lítica tallada.

Por lo que respecta a la industria cerámica, estos autores interpretan su ausencia en el primer estadio como un proceso de tardía aculturación o por problemas de conservación. Esta última es la causa que proponen para explicar la falta generalizada de este tipo de material en los yacimientos del segundo estadio. Sin embargo, en el tercero es precisamente la proliferación de restos de recipientes analizables, en contra del instrumental lítico tallado, lo que protagoniza este momento.

No son éstos los únicos aspectos, aunque sí los más clarificadores, para ir definiendo cada periodo. De hecho la tipometría y el tipo de materia prima de hachas y azuelas pulimentadas les permite establecer también diferencias. Durante el primer estadio serían de pequeño tamaño y fabricadas sobre rocas marmóreas; en el segundo, además de estar presentes algunas de pequeño tamaño, aparecen ya otras de dimensiones medias, todas ellas sobre rocas tenaces; en el tercero las pequeñas desaparecerían para dar paso a otras de gran tamaño sobre rocas tenaces.

En lo que respecta al utillaje de transformación de vegetales, destaca su aparición en el segundo estadio, con molinos de zonas activas planas, que en el tercero se irán haciendo cóncavas.

Todo este entramado ha sido construído, en un gran esfuerzo de sistematización, sobre unas bases constituídas por las evidencias presentes en las superficies de los yacimientos situados entre el 4.250-1.200 a. C., puesto que los resultados de los sondeos practicados por estos investigadores han sido en general escasos. Se cuenta con una datación de 2.270 ± 100 a. C. para un fondo de cabaña correspondiente a un asentamiento del segundo estadio, Las Aceras, y otra para uno del tercero, San Pelayo, de 1.320 ± 90 a. C., también datando un fondo de cabaña.

Escasas son las conclusiones que nos ofrecen sobre los modos de vida de estas gentes. No obstante hay que resaltar el intento por establecer las causas para explicar el origen de esta masiva ocupación de espacios abiertos a partir del Neolítico, que sitúan en la benignidad climática del Atlántico y el cambio de actividades económicas y su consecuente aumento demográfico.

Esta síntesis plantea numerosos problemas de compleja resolución. De la lectura de las páginas de su trabajo se deduce que en todos los casos, o en casi todos, los autores han sido capaces de discernir, a través de las evidencias superficiales, en qué yacimientos se presentaban dos o más momentos de ocupación y en cuales sólo uno, incluso distinguiendo cuales serían de una y cuales de otra. A no ser que en todos los yacimientos que han analizado se den ocupaciones únicas, aspecto que generalizan, pero reconociendo la falta de comprobaciones estratigráficas.

Teniendo en cuenta la falta de estratificaciones "generosas", nos cuesta creer que exclusivamente a través de evidencias superficiales pueda llegarse a establecer una sistematización tan reduccionista, y más con los datos que aportan las excavaciones de yacimientos de zonas próximas para estas épocas.

La bien fechada aparición del retoque en doble bisel en el Bajo Aragón, en yacimientos como Costalena y Botiquería deis Moros durante el Neolítico Antiguo, e incluso en la Rioja Alavesa (Peña Larga) con una datación absoluta de 4.200 a. C., junto a la ausencia del mismo en los niveles Calcolíticos de los lugares citados, permite la datación en el Neolítico Antiguo-Medio de colecciones de superficie donde éstos estén presentes de forma destacada. Esta situación estratigráfica podría llevarnos a pensar que en los yacimientos del segundo estadio habría dos momentos diferentes, uno neolítico (Antiguo o Medio) y otro más reciente Calcolítico revelado por la presencia de la técnica del retoque plano en las puntas de flecha.

En el caso de Urbasa 11 (Cava, A. 1986), a los restos líticos tallados de un pequeño poblado al ire libre del Neolítico Antiguo-Medio, se añaden posteriormente unas cuantas puntas de flechas de retoque plano, que la autora del estudio del yacimiento interpreta como "pasadas" posteriores de grupos humanos Calcolíticos. Sin embargo, y a pesar de que para este caso podría admitirse la adscripción del conjunto de geométricos a un momento Neolítico, no es admisible la interpretación que se da a la aparición del otro tipo de armaduras. Nos preguntamos cuál es el criterio seleccionado para la atribución del ingente número de restos de talla a uno u otro momento cronológico; a no ser que las "pasadas" esporádicas curiosamente sólo dejaran 14 puntas de flecha de retoque plano. Si se ha llegado a un conocimiento tecnológico tal que permita discernir con claridad entre unos restos de talla neolíticos y otros Calcolíticos, habremos dado en el clavo para dilucidar la cuestión de las asignaciones cronológicas y de la homogeneidad de las evidencias de este tipo de yacimientos, en los que los restos de tecnología lítica tallada son casi siempre mayoritarios.

Nos parece que la caracterización de este tipo de lugares arqueológicos, a todos los niveles de la actual analítica arqueológica, pasa ineludiblemente por una intervención directa por medio de excavaciones en extensión. De lo contrario continuaremos estableciendo endebles andamiajes montados bajo criterios que acaban resultando fines en sí mismos. La presencia o ausencia de un segmento de círculo de retoque en doble bisel, de un foliaceo de retoque plano, de tal o cual hacha o cerámica, etc., no debe seguir siendo la base de nuestras interpretaciones y explicaciones. En definitiva son evidencias materiales cuya presencia en una colección superficial puede deberse a causas como las características de la prospección efectuada o el azar, este último con una casuística imposible de sistematizar.

Creemos también que es excesiva la importancia dada a la aparición del retoque plano, basado en una técnica como la presión que ya se venía practicando en la fabricación de geométricos. Por el momento no se ha demostrado que con el advenimiento de esta técnica en la fabricación de puntas de flecha se desencadene un cambio cualitativo en la vida de los grupos humanos sobre los que incidió, como para realizar una separación de carácter cultural y hablar de un antes y un después, de un Neolítico y de un Calcolítico, como se viene haciendo hasta el momento.

Es posible, aunque está por determinar, que este cambio en la morfología de las puntas de flecha determinara un cambio en las técnicas de su lanzamiento, o que otras herramientas como arcos, astiles, métodos de sujección, etc. sufrieran modificaciones pero no como para transformar las estructuras de subsistencia.

Con estos postulados y metodologías, tal vez se haga difícil comprender cuál es el contenido cultural real que estas terminologías (Neolítico, Eneolítico, Calcolítico, etc.) poseen en la Prehistoria de Navarra.

Pero no es sólo el caso de las armaduras de flecha el único que ilustra la precariedad de este tipo de análisis. Las recientes excavaciones de urgencia que hemos realizado en el yacimiento de La Facería (Campanas) han puesto de manifiesto algunos restos de un asentamiento, en el que un grupo debió desarrollar algunas de sus actividades, en un momento, todavía por precisar de forma absoluta, del III milenio. La imagen que este yacimiento ofrece en superficie es la de una pobre colección exclusivamente lítica. Sin embargo, los hoyos excavados ofrecen una representación abundante de la industria cerámica de aquellas gentes. La existencia de estos hoyos, excavados en las gravas a más de 1 mt. de profundidad con respecto a la superficie actual del suelo, ha posibilitado que los arados modernos no llegasen a tocar toda esta muestra cerámica. Un caso muy similar se detecta en el yacimiento de El Saso (Olite).

Estos ejemplos son lo suficientemente ilustrativos como para hacernos recapacitar sobre el carácter de los materiales recogidos en superficie y las posibilidades que tenemos para establecer en qué medida esas evidencias representan a las que el subsuelo contiene. De hecho, yacimientos como La Facería (Calcolítico) ofrecen una muestra cerámica equiparable cuantitativamente a la de yacimientos del tercer estadio. Por consiguiente, hemos de tener muy claro que determinar el carácter acerámico de un yacimiento a través de los materiales que su superficie nos muestra, es cuando menos un ejercicio arriesgado, y más si este dato se utiliza para conferir cronologías o funcionalidades concretas.

Estamos señalando una serie de ejemplos que evidencian los riesgos de las interpretaciones y el carácter que a éstas se les asigna, extraídas de análisis centrados en materiales provenientes de superficie, con evidentes huellas e indicios de procesos postdeposicionales destructivos en grado diverso.

Concluimos estos ejemplos, aludiendo al supuesto final de las industrias líticas talladas con el comienzo de la Edad del Bronce. Hasta la fecha venía siendo admitido por todos los investigadores de este tema, aquel postulado que recordaba que a partir del Eneolítico se asiste a un proceso tendente a la liquidación de la industria lítica tallada a causa de la generalización de nuevas materias primas alternativas o más apropiadas, tales como el metal (Cava, A. 1986: 60 y Beguiristáin, M. A. 1990: 127)). Resulta cierto que a lo largo de los siglos que se atribuyen al Calcolítico no parece existir en Navarra una producción metalúrgica local en cobre, que sí aparece en la Edad del Bronce.

Este dato podría reforzar la tesis expuesta, que se complementaría con la idea del empleo de la piedra tallada tan sólo para la fabricación de elementos de hoz durante este período.

Sin embargo las investigaciones de J. Sesma, centradas en la Edad del Bronce, en las Bardenas Reales han descubierto la existencia de una importante y variada industria lítica tallada para el Bronce Antiguo y Medio. Probablemente ahora se nos haría difícil atribuir una industria compuesta por raederas, denticulados, muescas, raspadores, dientes de hoz, etc., al Bronce Medio (circa 1.500 a. C.), como así se ha documentado en el importante poblado de Monte Aguilar, excavado y estudiado por J. Sesma. De esta forma, podemos atribuir a los grupos del Bronce Antiguo y Medio de las Bardenas y también a los de otras zonas de reciente prospección⁴ que se sitúan en la margen opuesta del río Ebro, una explotación y utilización del sílex a través de una talla basada en unas tecnologías y conformando unos utillajes muy diferentes a las de momentos anteriores en esta misma zona de la Ribera tudelana.

Con este hecho no pretendemos revalorizar las hipótesis cronológicas de los años 70 para todos estos yacimientos que ofrecen en sus superficies un predominio de restos de talla, en el sentido de un Bronce indígena como entonces se planteó. Más bien nuestra intención es llamar la atención sobre la posibilidad de que en alguno de estos yacimientos de otras áreas del territorio navarro pudiera desarrollarse una industria lítica de este tipo a lo largo de la Edad del Bronce, sobre todo en su primera mitad. Nos interesa resaltar este aspecto, puesto que comienza a parecer aberrante una cronología tan reciente para estos conjuntos líticos superficiales.

No queremos terminar la caracterización de estos yacimientos sin hacer un comentario a dos trabajos recientes que tratan esta fenomenología arqueológica.

A. Morgado y M.E. Roncal presentaron en 1990 al II Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", una reflexión sobre la problemática de los talleres de sílex de la Prehistoria Reciente. A pesar de que proponen centrarse en Andalucía, la mayor parte de las críticas no tendrían sentido si no hicieran referencia a los trabajos de E. Vallespí en el Alto Valle del Ebro. En este sentido, ahondan en la definición de la expresión taller de sílex, diferenciándola categóricamente de aquellos lugares donde se evidencian claras actividades relacionadas con la talla de la piedra pero inmersas, o mejor subsidiarias, de otras que ellos denominan subsistenciales, que suponemos hacen referencia a lugares de habitación.

⁴ Gracias a la realización de la III Fase del Inventario Arqueológico de Navarra durante 1994, cuyos datos se nos ha permitido amablemente utilizar en este trabajo.

Habría que distinguir por consiguiente, según los autores, aquellos lugares junto a los afloramientos de materia prima explotable, donde el hombre se dedicó exclusivamente a la talla de la piedra (producción y abastecimiento), de aquellos otros donde esta actividad es más bien una parte más de las tareas domésticas, que por lo general se desarrollan en un lugar de habitación.

Sin entrar a valorar ahora la concepción de taller de sílex que propugnan, que nos parece un tanto reduccionista, hay que señalar que hasta el momento es imposible de aplicar a los yacimientos de estas épocas enumerados para Navarra. En aquellos lugares donde se conoce la existencia de afloramientos naturales de sílex, como es el caso de la Sierra de Urbasa, no se han reconocido al parecer sitios de la categoría que estamos tratando (Barandiarán, I. y Vegas J. I. 1990). En cambio, tras las prospecciones realizadas para la III Fase del Inventario Arqueológico, y después de un examen preliminar, podemos afirmar la presencia de auténticos lugares de explotación del sílex. Estos auténticos talleres se sitúan más en concreto en el término de Ablitas con unos momentos de explotación postpaleolíticos, a lo largo del III y el II milenio.

Por otro lado resulta sumamente curioso que los autores del citado trabajo tan sólo empleen en su análisis las publicaciones de E. Vallespí hasta 1968, siendo éste el año en que el citado investigador utiliza por última vez el término taller de sílex para referirse a los yacimientos al aire libre del País Vasco Meridional. No sólo olvidan sus publicaciones posteriores (Vallespí, E. 1972 y 74), sino también las precisiones que da a modo introductorio, en el trabajo de 1968, donde se justifica la utilización de esta terminología por no encontrar otra que describa mejor la existencia de lo que denomina estaciones- cantera (talleres de sílex) y estaciones-habitat (lugares donde se desarrollarían las confusas actividades subsistenciales).

No dudamos del valor intrínseco que el trabajo de A. Morgado y M. E. Roncal puede tener en el seno de la Prehistoria Reciente de Andalucía. Sin embargo, en el caso que aquí nos ocupa, quizás hubiera sido más apropiado a comienzos de la década de los años 70, ya que en la actualidad "llueve sobre mojado". Sus planteamientos de fondo han estado presentes en las publicaciones sobre estos temas en Alto Valle del Ebro ya desde comienzos de los años 80.

El segundo trabajo al que hacíamos mención ha sido publicado muy recientemente (Martínez, G.; Morgado, A. y Roncal, M. E. 1994), su contenido nos pone en la obligación de hacer un comentario al respecto, cuando menos de forma anecdótica.

Estos autores vienen a plantear que las acumulaciones de sílex, aquellas que se han venido considerando como "talleres de sílex postpaleolíticos" son en la mayoría de los casos deshechos del sílex usado para la fabricación de piedras de fusil. De nuevo, dicen centrar su investigación en el área andaluza, sin embargo realizan también claras alusiones al Valle del Ebro a través de las publicaciones de S. Vilaseca (1953) y E. Vallespí (1959).

La existencia, por el momento, de un solo taller reconocido para la fabricación de piedras de fusil en el Valle del Ebro (Barandiarán, I. 1974), su antigua cronología (s. XVII) para este tipo de manifestaciones y la supuesta gran demanda que este tipo de piezas debió alcanzar, son indicios suficientes para poner en duda y replantear toda la fenomenología lítica de superficie prehistórica, ya que buena parte de ella podría ser el resultado de esta necesidad histórica.

El estudio tiene un interés indudable pues en él se realiza un correcto análisis tecnológico de la fabricación de piedras de fusil. No dudamos de que en la provincia de Málaga como ellos apuntan aunque sin una clara apoyatura arqueológica, se hayan dado estas manifestaciones, existiendo determinados lugares que aporten registros superficiales donde se mezclen este tipo de utensilios con otros de indudable cronología prehistórica. Pero a la vez inciden en una serie de críticas, carentes del más mínimo sentido, hacia todos los estudios sobre yacimientos al aire libre con registros superficiales del marco andaluz y del Valle del Ebro.

Se nos acusa -en cierta medida me incluyo también entre los "afectados"- de utilizar una metodología acientífica, basada en la mera intuición, justificando nuestras interpretaciones mediante farragosos argumentos tipológico-estadísticos. Probablemente todas estas alusiones no merecerían mayor comentario si no hubieran coincidido con dos hechos muy concretos.

En el trabajo de J. Armendáriz y S. Irigaray (1991-92) se plantea la existencia de un nuevo tipo de útil lítico, los Elementos sobre Hoja Recortada (E.H.R.), que con altas frecuencias está presente en la mayoría de los asentamientos navarros al aire libre inscritos entre el Neolítico Pleno y casi todo el Calcolítico. Curiosamente la técnica de fabricación de estas piezas es muy similar a la de las piedras de fusil, lo cual lógicamente les aporta un gran parecido morfológico.

No podemos afirmar que la aparición de este tipo de útil, sobre el que ya nos hemos posicionado (García Gazólaz, J. 1994), haya animado en alguna medida el trabajo de G. Martínez, A. Morgado y M. E. Roncal. Sin embargo, sí parece estar motivando dudas y confusiones, que han de resolverse de inmediato. De hecho en este mismo número se pone en duda la autenticidad prehistórica de alguno de estos E.H.R., considerando que parecen tratarse más bien de piedras de fusil.

Pensamos que el caso de la Cuenca de Pamplona es suficientemente ilustrativo para zanjar este asunto por el momento. En la Ciudadela de Pamplona, P. Arrese pudo recoger una importante colección de piedras de fusil,

fabricadas sobre dos tipos diferentes de sílex, uno de ellos, el mayoritario, de color negro y gran calidad. Fuera de estos ejemplares, en las prospecciones emprendidas en la Cuenca, donde no se encuentran afloramientos de este tipo de sílex, se han localizado algunas otras en los mismos tipos de sílex, pero siempre como hallazgos sueltos y fuera de cualquier contexto arqueológico prehistórico conocido. Por otra parte, todos los E. H. R. que controlamos en la Cuenca y que forman una colección muy numerosa, proceden de un buen número de asentamientos prehistóricos datables de forma aproximada en la transición del IV al III milenio. Junto a estos útiles, y como suele ser habitual en este tipo de yacimientos, aparecen otras evidencias, ya sean cerámicas, pulimentadas, de molienda, óseas, y por su puesto líticas talladas. Estas últimas parecen estar fabricadas en los mismo tipo de sílex en los que se hicieron los E. H. R., materia prima que presenta unas características macroscópicas radicalmente diferentes al de las piedras de fusil.

Aún sin contar con algunas diferencias morfológicas y tecnológicas que separan ambos tipos de objetos, nos cuesta mucho trabajo explicar qué harían tantas piedras de fusil, suponiendo que los E. H. R. lo fueran, en medio de conjuntos prehistóricos totalmente alejados de los afloramientos de sílex. Lo más sensato que se nos ocurre, es pensar que aquellos hombres, que a lo largo de los siglos XVII a XIX necesitaron fabricar piedras de fusil, tuvieron ya algo de espíritu arqueológico. Localizando los yacimientos prehistóricos aprovecharan sus industrias laminares para fabricarse sus piezas, siendo este el motivo que explicaría que allí donde exista un lugar de habitación de hace más de 4.000 años de antigüedad, estén presentes tantísimas piedras de fusil, junto a puntas de flecha, raspadores, dientes de hoz, etc: serían los "buscadores de láminas".

Debe ser evidente que, aunque puedan plantearse críticas a la caracterización tipológica y tecnológica de los E. H. R., está fuera de toda duda su cronología prehistórica. Con todo es muy posible que en aquellos lugares donde se den auténticos talleres de sílex, y que generalmente aunque no siempre suelen coincidir con afloramientos de este material, hayan podido darse actividades extractivas y de transformación para satisfacer demandas tanto prehistóricas como históricas. En el ámbito navarro estamos todavía a la espera de que estos supuestos se confirmen, pues de los casos estudiados, como Urbasa, por el momento no se han dado a conocer tallas históricas (Barandiarán, I. y Vegas, J. I. 1990).

Esperamos que toda esta disertación en torno al asentamiento al aire libre del amplio periodo que tratamos sirva, cuando menos, para la conclusión de dos ideas sumamente importantes:

— La gran complejidad y variabilidad de esta fenomenología arqueológica, que ha recibido y recibe terminologías, como la de yacimientos líticos de superficie, que hacen referencia a una peculiaridad presente en muchas ocasiones en este tipo de lugares y efecto de determinados procesos postdeposicionales. Estos procesos originan por un lado que un tanto por ciento, muy difícil de evaluar, del registro aparezca en superficie y por otro que tan sólo su excavación arqueológica en extensión pueda permitir establecer un mínimo conocimiento del que permanezca intacto, en el mejor de los casos, en el subsuelo.

— La falta de este tipo de actuaciones arqueológicas ha creado una tradición, ya desde los años 50, en los estudios de todos estos yacimientos, centrada exclusivamente en el material que ofrecen en superficie, con una clara falta de criterios de recogida. Este tipo de estudios, a los que nosotros mismos nos hemos dedicado (García Gazólaz, J. 1993 y en prensa), encierran una serie de "peligros" que ya hemos ido ilustrando a lo largo del texto. Han llevado a la creación de una serie de sistematizaciones que a cada paso hay que rectificar y parchear y al establecimiento de unas explicaciones que de forma obligada han de encajar con las primeras, que se traducen en una constante sensación de inseguridad.

Hay que tener en cuenta que trabajamos con un gran número de yacimientos, productos de la ocupación de distintos grupos humanos en habitats muy diferentes, a lo largo de más de tres milenios. Intentar explicarlos sometiéndolos a los mismos parámetros, contemplándolos como un fenómeno más o menos homogéneo durante tanto tiempo y en un territorio de tantos contrastes, sería un error que volvería a caer en las tesis ya expuestas, que impregnaron estos estudios en las décadas de los años 60 y 70.

Cuando en 1993 publicamos los yacimientos Saso I y II (Liédena) el principal objetivo fue ilustrar la idea de la complejidad que estos lugares encierran. Su variabilidad funcional no había sido destacada hasta ese momento para el ámbito navarro. Estamos convencidos de que no todos estos registros superficiales han de explicarse únicamente como talleres o lugares de habitación. Su investigación en una línea acertada de excavaciones en extensión pondrá de manifiesto una fenomenología que a través de análisis de evidencias de superficie apenas puede intuirse.

Confiamos que de estas líneas no se concluya un rechazo categórico hacia las investigaciones conocidas hasta la fecha. Es evidente que se ha realizado un gran esfuerzo, absolutamente necesario, en la búsqueda de una explicación para estos yacimientos. Es muy posible que muchas de las apuntadas sean ratificadas en el futuro. Pero también somos escepticos al pensar que los estudios de materiales de superficie vayan a ir más allá del camino recorrido hasta hoy, si no es en el campo de la tecnología lítica.

8. LA INCIDENCIA DE LOS DENOMINADOS PROCESOS DE NEOLITIZACIÓN EN LA COMPRENSIÓN DE LA DINÁMICA DE OCUPACIÓN DEL TERRITORIO

De forma esquemática lo que se puede decir es que poseemos una realidad arqueológica, con una variada y compleja problemática en la que nos ha parecido extendernos, perteneciente a una serie de grupos humanos que vivieron entre el VI y el III milenio en una amplia zona geográfica, que debió mostrar en aquella época una gran variedad de biotipos. Pero, ¿cómo ocuparon estos hábitats aquellos grupos humanos? Creemos que para hilvanar cualquier tipo de respuesta es absolutamente necesario filtrar toda nuestra información a través de los procesos de neolitización. Parece estar plenamente demostrado que van a ser estos milenios los que acogerán una serie de procesos, den o no origen a una serie de cambios de diferente entidad e intensidad, que van a conformar lo que se viene denominando neolitización.

Partimos de la hipótesis de que, ya sea en varios o en un solo biotipo, grupos humanos con diferentes sistemas económicos pondrán en práctica estrategias de ocupación y explotación diversas. Y es que de hecho, a lo largo de estos milenios se constata en Navarra el advenimiento de sistemas económicos productivos. Pero esta adopción, la neolitización en definitiva, va a tener unas características muy particulares y diferentes, en algunos casos, a los procesos acaecidos en otras zonas de la península. Muy recientemente hemos realizado (García Gazólaz, 1994) un primer acercamiento hacia esta problemática para el caso del País Vasco meridional; van a ser esos planteamientos los que continuemos aquí para dar una explicación a este fenómeno, al menos como hipótesis de trabajo, analizando su incidencia en los sistemas de ocupación.

Hasta el momento actual los procesos de neolitización de territorios interiores, como el Alto Valle del Ebro, se explicaban a través de una progresiva, pero lenta, aculturación del sustrato epipaleolítico, marcada por una serie de logros tecnológicos que llevarán a los grupos que los vayan adoptando a un cambio en sus economías de subsistencia (Cava, A. 1988 y 90). Hoy el panorama que se vislumbra es bastante más complejo, a pesar de que las interpretaciones dadas hasta la fecha sean en líneas generales válidas para un manual de Prehistoria peninsular, probablemente por el escaso y precario conocimiento que tenemos de la realidad arqueológica de aquella época.

En nuestro citado trabajo en primer lugar destacábamos las limitaciones que imponen las actuales terminologías, que cobran un valor cultural que no se corresponde en absoluto con los datos arqueológicos; con lo que abogábamos por un significado exclusivamente cronológico para términos como Neolítico, Eneolítico, Calcolítico, Calcolítico precampaniforme, etc. Superada esta barrera era necesario acotar por medio de segmentos más flexibles, y con cierta carga

cultural real, los diferentes episodios que controlamos. Nos parecía oportuno utilizar, adaptándolo⁵ a nuestra problemática particular, el Modelo de Disponibilidad de Zvelebil y Rowley-Conwy (1984).

- De tal forma que hablamos de cuatro fases: De Disponibilidad (6.200 - 4.400 a. C.)
- De Adopciones (4.400 - 3.400 a. C.)
- De Sustitución y/o Incorporación (3.400 -2.200 a. C.)
- De Consolidación (2.200 — 1.700 a. C.)

Con este planteamiento creemos que se recoge de forma menos rígida los posibles procesos de cambio que pudieron llevar a diferentes grupos humanos en distintos territorios, a introducir algún tipo de modificación en sus modos de vida.

Era muy necesario que esta sistematización, de un intento de explicación, pudiera albergar una realidad tan evidente como que en un mismo territorio distintos grupos humanos pudieran iniciar o no esos procesos de cambio, y una vez iniciados obtener una duración muy variada según toda una serie de factores. En este caso nos planteamos analizar cuáles son los sistemas de ocupación del actual territorio navarro por parte de los grupos humanos que lo habitaron a lo largo de cada una de esas fases, teniendo como base el actual conocimiento que de ellos tenemos.

A lo largo de la fase de **Disponibilidad** los grupos que ocupan Navarra parecen elegir como lugares de habitación abrigos rocosos y cavidades cercanas a cursos de agua permanentes (casos de Aizpea, Peña y Padre Areso), en unos hábitats calificables como de montaña. De hecho todavía no se ha localizado ninguna ocupación durante esta fase en la Ribera de Navarra, donde la ausencia de medios calizos karstificados imposibilitan la existencia de cuevas y, en gran medida, de abrigos.

Serían en definitiva biotopos muy favorables para el desarrollo de economías predatorias, basadas en actividades cinegéticas de caza, sobre todo del jabalí, y pesca, que ofrecerían a la vez la posibilidad de recolectar determinados frutos salvajes.

Pero no debemos pensar que estas posibilidades de autosuficiencia que el medio debió ofrecer supusieron el establecimiento de unos grupos de cazadores-recolectores sedentarios, con un marcado aislamiento cultural, todo lo contrario, estos grupos debieron establecer contactos, cuyas características están por definir, con otros. Sólo así se explica que su utillaje lítico tallado destinado a la caza se fundamente en tradiciones tecnomorfológicas de origen mediterráneo, o que algunos momentos de ocupación de determinados yacimientos, como los que representan el n. Ib de la cueva de Zatoya o el n. IV del abrigo del Padre Areso, contengan elementos ornamentales fabricados sobre conchas procedentes del mediterráneo (*Columbeilea rusticae*). Sería esta una fase en donde los grupos

⁵ La aplicación de este modelo a Navarra, nos obliga a una adaptación del mismo, este hecho conduce a un distanciamiento conceptual con sus autores en lo que respecta a la concreta terminología de cada fase. En la actualidad no descartamos la posibilidad de modificarla, tras una precisa definición, para no caer en la multiplicación de conceptos de una misma terminología.

de cazadores-recolectores que básicamente ocupan la mitad norte de Navarra entran en contacto con otros, también con modos de vida epipaleolíticos, pero con un bagaje cultural cargado de tradiciones mediterráneas. Es muy probable que sea a través de este tipo de contactos como se produzca la neolitización del territorio navarro, con lo que podemos decir que a partir de estos momentos están en disposición de conocer otras "novedades".

Durante la fase de **Adopción** parece ser que se ocupan con mayor profusión la Montaña y Zona Media, pero por unos grupos humanos que han heredado los mismos sistemas económicos que caracterizaron a sus predecesores. Si en la fase anterior hemos hecho mención a la existencia de unos primeros contactos, en esta otra estos son indudables. El proceso de mediterraneización que se intuye en la fase anterior ahora se ve confirmado a través de determinadas novedades tecnológicas de clara ascendencia mediterránea. Continuamos detectando la existencia de elementos de adorno sobre las mismas conchas marinas, pero además aparece por primer vez la cerámica. A este aspecto se une una nueva técnica de conformación de las armaduras geométricas como es la del doble bisel, que como se ha señalado (Barandiarán, I. y Cava, A. 1992) puede tener su origen en el Bajo Aragón.

Sin embargo, estas adopciones, cuya cronología estaría inmersa en pleno Neolítico como tradicionalmente se entiende, no van a modificar las estrategias de explotación del medio, y en consecuencia parece ser que los sistemas de ocupación del territorio serán similares. Son, en general, los mismos yacimientos que incluían ocupaciones durante la primera fase los que recibirán de nuevo grupos humanos en esta (caso del Padre Areso, Aizpea, Zatoya, Peña). Si bien, existe la posibilidad de la "creación" de otros de nueva planta, como podría ser el caso de Urbasa 11, al final de esta fase. En definitiva, algún asentamiento al aire libre ocupando determinados espacios de la Zona Media, aún en hábitats de montaña, de Navarra.

Creemos que estas novedades, que en otras áreas de la Península pueden ser indicativas, junto a otras, de un auténtico cambio económico y cultural en el seno de una comunidad prehistórica, en el caso navarro son objetos y/o técnicas asimiladas y adoptadas a un modo de vida depredador; sin que por ello se produzca cambio alguno en otras esferas del comportamiento de estos grupos.

Esta sería la situación hasta mediados del IV milenio, momento en que debieron desarrollarse determinados acontecimientos que desencadenaron, en concretos grupos y hábitats una adición de nuevos sistemas económicos a los ya tradicionales. Entraríamos en la tercera fase la de **Incorporación** y/o **Sustitución**. A partir de este momento podremos hablar no ya tanto de mediterraneización sino de auténticos procesos de neolitización. Es sin duda esta la fase en la que se cuenta con una mayor cantidad de yacimientos. Si bien, en un 97% son ocupaciones al aire libre lo cual les confiere una especial problemática, que ya hemos tratado anteriormente, reduciendo sensiblemente la información que podrían aportarnos. Por el contrario, y a pesar del escaso número de lugares que conocemos para las dos primeras fases, debido esencialmente a la falta de proyectos de prospección mediante sondeos de todo el área de Montaña y buena parte de la Zona Media de Navarra que cuenta con innumerables cuevas y abrigos, en estos se ha procedido a una excavación metódica de sus estratificaciones por lo que nos ofrecen una gran cantidad de datos.

Dos circunstancias que se deducen del examen de la Figura 2 son:

_ Un considerable aumento del área de ocupación. Ya que muchas zonas que hasta ahora parecían despobladas, como es el caso de la Ribera del Ebro o de determinados espacios de la Zona Media, ofrecen ahora abundantes testimonios de un evidente poblamiento, extendiéndose prácticamente a toda Navarra.

_ Ya no sólo encontramos asentamientos relacionados con espacios troglodíticos, sino que como se ha señalado la inmensa mayoría de los hábitats reciben poblaciones que habitan y desarrollan sus actividades al aire libre.

Con estos parámetros el primer interrogante que surge es:

¿Cuáles son las causas de esta indudable expansión y del cambio en las estrategias de ocupación y asentamiento?

No es fácil dar una respuesta concluyente a esta pregunta, sin embargo, en el estado actual de nuestros conocimientos pueden empezar a establecerse algunas directrices hacia su resolución. Y es que a lo largo de los casi mil años de duración de esta fase se detectan por primer vez modificaciones en los sistemas económicos. Algunas de las ocupaciones de esta época, en los yacimientos mejor conocidos, presentan novedades como son la domesticación de determinadas especies animales (fecha para ovicápridos en 3.400 a. C. para el n. b4 de la cueva de Abauntz) y la puesta en marcha de prácticas agrícolas (por el momento la datación de 2.630 a. C. del hipogeo de Longar en Viana sería la más antigua para este tipo de actividades). Hoy nadie pone en duda los inicios de estas actividades económicas de producción en estas fechas, a pesar de contar todavía con una débil apoyatura arqueológica. El grueso de asentamientos al aire libre que hemos recogido en este trabajo presenta entre sus evidencias abundantes testimonios indirectos de prácticas agrícolas, como lo son los elementos de hoz en sus diversas variantes o los utensilios de molienda existentes en muchos de ellos.

Las hipótesis tradicionales dan explicación al interesante interrogante planteado apoyándose en las transformaciones que debieron iniciarse con la adopción de las economías de producción. Este planteamiento lleva directamente a la adopción de la idea del crecimiento demográfico. Supone que la sustitución, por parte de grupos de "vida epipaleolítica", de sus economías depredadoras por las nuevas productoras les va a provocar un relajamiento en el control de la natalidad, lo que les conducirá a un irremisible crecimiento poblacional. Este hecho unido a la continua búsqueda de territorios de explicación más apropiados para sus nuevas economías, aquí se insertaría la idea del progresivo abandono de las cuevas, explicaría la profusión de asentamientos que a partir de este momento se localizan en Navarra.

Esta teoría lleva implícito el reconocimiento de una agricultura de tala e incendio, que como hemos apuntado obligaría a los grupos humanos a una vida itinerante, ocurriendo algo parecido con una ganadería que tendría un carácter trashumante. Esta atractiva explicación choca en cambio con varias realidades. Y es que hoy en día no existe ninguna prueba arqueológica como para poder hablar categóricamente de agricultura de rozas o ganadería trashumante para las primeras actividades productoras. Por otra parte el crecimiento demográfico apuntado habría tenido que darse en un período relativamente corto, lo cual contrasta con la idea que hasta ahora se propugnaba de una introducción lenta, gradual y progresiva de los modos de vida neolíticos en estos territorios.

Además, la población que ocupó Navarra a lo largo del V y gran parte del IV milenio no parece, de momento, que estuviese muy extendida ni fuese muy abundante. Incluso los biotipos que explotan no se presentan como los más apropiados para la práctica de una economía de producción tal que provoque semejante explosión demográfica.

Todas estas hipótesis no nos resultan suficientemente satisfactorias. No dudamos que los grupos de cazadores y recolectores atestiguados en la mitad Norte de Navarra entre el VI y primera mitad del IV milenio, hayan protagonizado una serie de procesos de neolitización, como lo demuestra su protagonismo en las fases de disponibilidad y Adopciones, en cambio, nos cuesta creer que a partir de la neolitización de estos grupos se explique la presencia en el resto del territorio navarro de tal contingente humano habitando al aire libre.

Estamos convencidos de que toda esta problemática comenzaría a solucionarse con unos planteamientos más permeables, no tan reduccionistas, aceptando la complejidad de un proceso que no puede zanjarse con un solo concepto: aculturación. Pensamos que las teorías tradicionales podrían explicar el desarrollo del proceso de neolitización en algunas zonas del territorio y para algunos grupos humanos. Hoy es un hecho que las cuevas y abrigos del Norte de la provincia no se abandonan sino que su ocupación continúa hasta épocas protohistóricas (así lo demuestran los niveles bl y b2 de Abauntz, n. Sup. de Zatoya, n. a de Aizpea, n. 1 del Padre Areso o n. b de Peña), adaptando sus nuevos conocimientos económicos a las posibilidades de explotación que el medio les ofrece, y que podrían ser más favorables a actividades ganadoras y/o cinegéticas. Así por ejemplo el abrigo de La Peña acogerá comunidades que en épocas muy recientes, Edades del Bronce y del Hierro, todavía acudirán al abrigo a refugiarse en temporadas de caza, a pesar de que pudieran controlar la producción cerealística y ganadera.

Hemos de hablar para estos casos de un proceso de cambio hacia la variación y mayor diversidad (economías de amplio espectro), pues el registro arqueológico pone de manifiesto que ambos tipos de economías no son excluyentes, conviviendo los nuevos modos económicos con los tradicionales, recogiendo la idea de incorporación a la que hacemos alusión en esta tercera fase.

Con todo no podemos olvidar que alguien debió mostrar, ya sea directa o indirectamente, estas novedades a los grupos preexistentes. Por ello pensamos que es muy posible que se diese una llegada de grupos humanos plenamente neolitizados al territorio navarro a partir de esa fase. Esta hipótesis explicaría parte de la fenomenología arqueológica que encontramos en estos momentos. Grupos que pudieron incidir, consciente o inconscientemente, en la "inclusión" en esta fase de las poblaciones "indígenas".

Cuando nos referimos a la llegada de población no planteamos la entrada de ordas que invaden el territorio, sino que más bien pudo tratarse de pequeños grupos que explotaron por primera vez determinados territorios de la provincia, con unas formas económicas basadas en la producción de alimentos, ya sea en todas o en alguna de sus variantes, complementadas con actividades tradicionales como la caza y la recolección.

Es posible que en un futuro el análisis de los orígenes de la ocupación de determinadas áreas del Sur de Navarra puedan refrendar estas ideas. De hecho, no nos parece lógico pensar que la zona de la Ribera del Ebro, que no conoce ocupación anterior al inicio de esta fase de **Sustitución** y/o **Incorporación**, fuese colonizada por grupos que recientemente neolitizados y en pleno crecimiento demográfico se desplazasen desde sus hábitats de montaña hasta estos otros tan meridionales. Por ello creemos que determinadas zonas del Sur de Navarra, como por ejemplo la Bardena, pudieron ser colonizados por grupos llegados de áreas más próximas.

Este ejemplo es lo suficientemente ilustrativo como para entender que no podemos achacar todos los cambios que la neolitización conlleva, en este caso los de carácter ocupacional, a una sola causa, sino que probablemente son la respuesta a la consecución de una serie de fenómenos que están actuando al mismo tiempo sobre un territorio. Esta es la razón que justificaría la aplicación del Modelo de Disponibilidad, ya que creemos recoge mejor esta realidad. A pesar de todo la precariedad de nuestro actual registro arqueológico nos impide dar todas las explicaciones necesarias. Deberíamos conocer cada biotopo, el devenir de cada grupo humano a lo largo de sucesivas generaciones para poder establecer con precisión las características del "recorrido" de cada comunidad por las diferentes fases de este modelo de explicación.

Es necesaria una intensificación de los trabajos de prospección en áreas restringidas con claras delimitaciones geográficas y precisa caracterización biotópica, como fórmula de acercamiento a los sistemas de ocupación/explotación de los recursos naturales, base de la evolución de las estructuras económicas y sociales de estas poblaciones prehistóricas.

Este tipo de proyectos se han iniciado en nuestro ámbito, aunque las conclusiones que poseemos son en todo caso preliminares. Estos son los casos de la llanada de Espinal-Burguete, Sierra de Urbasa, Cuenca de Pamplona y Ribera Tudelana del Ebro (Figuras 3 a 6 respectivamente).

Las cuatro áreas presentan de momento su primera ocupación post-paleolítica importante a lo largo de la fase de Sustitución y/o Incorporación. En cada zona se está controlando un elevado número de yacimientos como para intentar desentrañar las características y cronología de esta fase. Aunque todos los registros con los que contamos hasta este momento carecen de contexto estratigráfico y dataciones absolutas. Así que nuestro conocimiento sobre ellos ha de basarse, con las limitaciones que ello impone, en colecciones de superficie. A través de las mismas puede reconocerse para estos grupos el control de alguna/s prácticas productoras, y establecerse de forma aproximada la entidad temporal y espacial de los asentamientos, pero siempre teniendo en cuenta el particular medio biogeográfico sobre el que incidieron.

Así se presentan hipótesis tan atractativas como las propuestas para Urbasa (Barandiarán, I y Vegas, J. I. 1990) y las Bardenas (Sesma, J. 1993), que ya hemos comentado.

El caso bardenero es especialmente interesante, pues es el único de los cuatro en el que la prospección se ha concluido, complementándose los hallazgos con los de la II y III Fase del Inventario Arqueológico de Navarra. Las características de la ocupación de esta amplia zona son complejas y variadas, encontramos talleres de sílex (facies contera y transformación), pequeños lugares de habitación y de carácter temporal, junto a otros de mayor tamaño y estabilidad. Como hipótesis podría plantearse (Sesma, J. 1993) como un área donde el hombre viviría principalmente en un régimen trashumante ganadero. Con unos asentamientos que curiosamente coinciden con zonas interiores de control de las históricas cañadas, quedando exentos de ocupación los territorios donde más favorablemente podría desarrollarse la agricultura: las amplias y llanas márgenes del río Ebro.

Este parece ser el tipo de explotación/ocupación que se ha apuntado para el caso de la Sierra de Urbasa (Barandiarán, I. y Vegas, J. I. 1990).

El caso de la Cuenca de Pamplona parece obedecer a planteamiento de explotación más complejos. Los asentamientos se agolpan en su mayoría sobre la tercera terraza del río Arga, en extensas zonas elevadas y bien drenadas, con unas posibilidades de explotación agrícola inmejorables. De hecho, estos yacimientos ofrecen testimonios indirectos de este tipo de actividad, aunque por ello no excluyamos otras prácticas económicas como la ganadería o la caza. Sobre un biotipo tan rico y variado como es el de la Cuenca de Pamplona tienen cabida economías productoras de amplio espectro, que dan lugar a patrones de asentamientos muy particulares.

Más compleja es la novedosa situación descubierta en el área de Espinal-Burguete. En principio parece tratarse de una zona muy apropiada para el desarrollo de la ganadería, pero a la vez los materiales líticos tallados que entregan estos yacimientos muestran herramientas relacionadas con prácticas de recogida de vegetales como son las elementos de hoz. ¿Qué se pudo cultivar en estas latitudes? La pregunta por el momento queda sin resolver, aunque no descartamos la simple recolección de especies silvestres.

En definitiva, cada una de estas zonas geográficas plantea numerosos interrogantes que esperamos se vayan resolviendo en un futuro próximo. Más tiempo, nos tememos, habrá de pasar para desentrañar la incognita de la identidad de estas gentes. ¿Vinieron ya neolitizados de otras áreas más alegadas en busca de nuevos territorios de explotación, o eran los descendientes de los primeros neolitizados en la Montaña navarra que movidos por una búsqueda de territorios vírgenes colonizaron extensas zonas de Navarra?

De momento nos quedamos con aquellas hipótesis que plantean la complejidad y variabilidad de los procesos, bajo unos modelos de explicación que permitan incluir cualquier nueva alternativa.

El caso es que con la culminación de la tercera fase de nuestro modelo se nos presenta un panorama muy diferente al de sus comienzos.

Durante la fase de Consolidación encontramos casi todo el territorio navarro ocupado y en explotación. Las economías de producción parecen serdesarrolladas en alguna de sus formas por todos los grupos humanos de los que tenemos control arqueológico.

Incluso comienzan a gestarse cambios en los sistemas de ocupación de algunas zonas de Navarra, comenzando a vislumbrarse los inicios de la denominada complejidad social. Sería este el momento de la transición a la Edad del Bronce, a partir del cual termina nuestro ámbito de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTUNA, J. (1980): Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización. *Munibe*, 32: 9-163
- ARMENDÁRIZ, J. (1991): Avance al estudio arqueológico de la Cuenca media-baja del río Arga (Navarra): prospecciones. *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 4: 41-59
- (1991-92): Prospecciones arqueológicas en la Cuenca del Arga. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 10: 430-434
- (1992): El yacimiento neolítico de Elerdia (Puente la Reina, Navarra). Segundo Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana, anejo 14, año LII: 49-62
- (1993-94): San Pelayo (Arellano, Navarra). Campaña de 1997. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 11: 281-285
- ARMENDÁRIZ, J. e IRIGARAY, S. (1991-92): Aportación al estudio de los yacimientos post paleolíticos al aire libre en Navarra. *Zephyrus*, XLIV-XLV: 223-239.
- BÁÑALES, M. (1987): Nuevos talleres de sílex en Artajona. Segundo Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana, anejo 14: 197-204
- BARANDIARÁN, I. (1987): La Prehistoria de Navarra: estado actual de los estudios. Primer Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana, anejo 6: 63-88
- (1992): Notas sobre relaciones de los yacimientos navarros de la Prehistoria antigua. Segundo Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana, anejo 14: 25-46
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1989): El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra). *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 8: 1-354
- (1992): Caracteres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos. Aragón/Litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria, Institución Fernando el Católico: 181-196
- BARANDIARÁN, I. y VALLESPÍ, E. (1984): La Prehistoria de Navarra. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, Pamplona.
- BARANDIARÁN, I. y VEGAS, J.I. (1990): Los grupos humanos en la Prehistoria de Euzkadi. *Eusko-Ikaskuntza*, San Sebastian.
- BEGUIRISTÁIN, M. A. (1974): Nuevos yacimientos líticos de superficie en Navarra. *Cuadernos de trabajos de Historia*, 2, Prospecciones Arqueológicas en Navarra, 1: 77-102
- (1979): Cata estratigráfica en la cueva del Padre Areso (Bigüezal). *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 1: 77-90

- (1982): Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3: 59-156
- (1987): Nuevos datos sobre el ritual funerario durante el Neolítico y Edad del Bronce en Navarra. *Primer Congreso General de Historia de Navarra*, anejo 6: 205-215
- (1990): El habitat del Eneolítico a la Edad del Bronce en Alava y Navarra. *Munibe*, 42: 125
- BEGUIRISTÁIN, M. A. y CAVA, A. (1985): Exploraciones en el abrigo de "La Peña" (Marañón, Navarra). Informe preliminar. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4: 7-18
- BEGUIRISTÁIN, M. A. y JUSUÉ, C. (1986): Prospecciones arqueológicas en el reborde occidental de la Sierra de Ujué (Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5: 77-109
- CAVA, A. (1986 a): La industria lítica de la Prehistoria reciente en la cuenca del Ebro. *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5: 5-72
- (1986 b): Un asentamiento neolítico en la Sierra de Urbasa: Urb. 11. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 5: 19-75
- (1987): El Neolítico en el País Vasco peninsular. *II Congreso Mundial Vasco*, I: 52-71
- (1988 a): Ocupaciones de la Prehistoria Reciente en Urbasa. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7: 25-117
- (1988 b): Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco peninsular. *Velcia*, 61-96
- (1990): El Neolítico en el País Vasco. *Munibe*, 42: 97-106
- (1991-92): El yacimiento de Aizpea (Arive). Informe preliminar. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 10: 401-405
- (1993-94): El yacimiento de Aizpea. Informe de las campañas de 1991 y 1993. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 11: 255-259
- CAVA, A. y BEGUIRISTÁIN, M. A. (1987): Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de "La Peña" (Marañón, Navarra). *Veleia*, 4: 119-126
- (1991-92): El yacimiento prehistórico del abrigo de la Peña (Marañón, Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11: 69-166
- DE LA RÚA, C. (1994): El poblamiento del País Vasco desde la Antropología biológica. *Illunzar* 94: 79-85
- GARCÍA GAZÓLAZ, J. (1993): Saso I y II: reflejos de una economía de producción durante el Eneolítico Final-Bronce Antiguo en Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 17-51
- (1994): Los orígenes de las economías de producción en el País Vasco meridional: de la descripción a la explicación. *Illunzar* 94: 87-99
- (en prensa): Un asentamiento neolítico al aire libre: Salusín (Villanueva de Yerri, Navarra). Comunicación leída en el XXI Congreso Nacional de Arqueología, Teruel, 1990.
- IRIGARAY, S. (1992): Estudio del yacimiento de Matamala: los materiales paleolíticos y la industria holocena. *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, anejo 14: 75-86
- ISTURIZ DE, M. J. y SÁNCHEZ M. F. (1990): Investigaciones palinológicas en la Prehistoria vasca. *Munibe*, 42: 277-285
- LABEAGA, J.C. (1976): Carta arqueológica del término municipal de Viana (Navarra). *Institución Príncipe de Viana*.

- (1987): Carta arqueológica del término municipal de Sangüesa. Trabajos de Arqueología Navarra, 6: 7-116
- LLONGUERAS, M. y MONREAL, L. (1962): Hallazgos de material Tífico en la Ribera navarra del Ebro. VII Congreso Nacional de Arqueología: 127-132
- MALUQUER, J. (1955): Los talleres de sílex, al aire libre, del Norte de Aragón. Príncipe de Viana, LVIII: 9-32
- (1963): Notas sobre la cultura megalítica navarra. Príncipe de Viana, 92/93: 93-147
- MANZANO, C. (1994): Constitución genética de la población del País Vasco: su interpretación en un contexto interdisciplinar. Illunzar 94: 127-134
- MARIEZCURRENA, C. (1990): Caza y domesticación durante el Neolítico y Edad de los Metales en el País Vasco. Munibe, 42: 241-252
- MARTÍNEZ, G. et alii (1994): Talleres líticos y piedras de fusil. Nueva interpretación. Revista de Arqueología, 159: 44-49
- MONREAL, A. (1977): Carta arqueológica del Señorío de Learza (Navarra). Institución Príncipe de Viana.
- (1987): Nuevos yacimientos arqueológicos en el Señorío de Learza (Valdega, Navarra). Trabajo de Arqueología Navarra, 5: 279-309
- MORCADO, A. y RONCAL, M.E. (en prensa): Introducción a los estudios de "talleres líticos" superficiales en Andalucía. Comunicación presentada en el II Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar", 1990.
- NUIN, J. (1994): La ocupación prehistórica en el valle de Etxauri (Navarra). Cuadernos de Sección, Prehistoria-Arqueología, 5: 113-140
- NUIN, J. y BORJA, J.A. (1991): El poblamiento holocénico en las cuencas prepirenaicas de Pamplona y Aoiz-Lumbier. Cuadernos de Sección, Prehistoria-Arqueología, 4: 61-96
- ORTIZ, L. (1990): Ordenación de la secuencia cultural del Calcolítico y la Edad del Bronce en el País Vasco. Munibe, 42: 135-139
- RONCAL, M.E. et alii (1994): Informe preliminar sobre las prospecciones arqueológicas del Valle de Lánguida y Aoiz (Navarra). Cuadernos de Sección, Prehistoria y Arqueología, 5: 179-200
- SESMA, J. (1987): Asentamientos al aire libre en el bajo valle del Aragón. Primer Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana, anejo 14: 259-269
- (1993): Aproximación al problema del habitat campaniforme: el caso de las Bardenas Reales de Navarra. Cuadernos de Investigación de la Universidad de Navarra, 1: 53-119
- UTRILLA, P. (1982): El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra). Trabajos de Arqueología Navarra, 3: 203-345
- UTRILLA, P. y MAZO, C. (1991-92): Campaña de salvamento en la cueva de Abauntz (Excavaciones de 1988). Trabajos de Arqueología Navarra, 10: 406-411
- (1993-94): Informe preliminar sobre la actuación de urgencia de 1991 en la cueva de Abauntz. Trabajos de Arqueología Navarra, 11: 9-29
- VALLESPÍ, E. (1959): Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Caesaraugusta, 13/14: 7-20
- (1968): Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco meridional. Estudios de Arqueología Alavesa, 3: 7-27
- (1972): Conjuntos líticos de superficie del Museo Arqueológico de Alava. Estudios de Arqueología Alavesa, 5: 7-79

- (1974): Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra. Cuadernos de Trabajos de Historia, 2, Prospecciones Arqueológicas en Navarra, 1: 21-73.
- VILASECA, S. (1953): Las industrias de sílex tarraconenses. Madrid.
- ZVELEBIL, M. (1986): Hunters in transition. Cambridge.
- ZVELEBIL, M. y ROWLEY-CONWY, P. (1984): Transition to farming in northern Europe: a hunter-gatherer perspective. Norwegian Archaeological Review, 17: 104-128

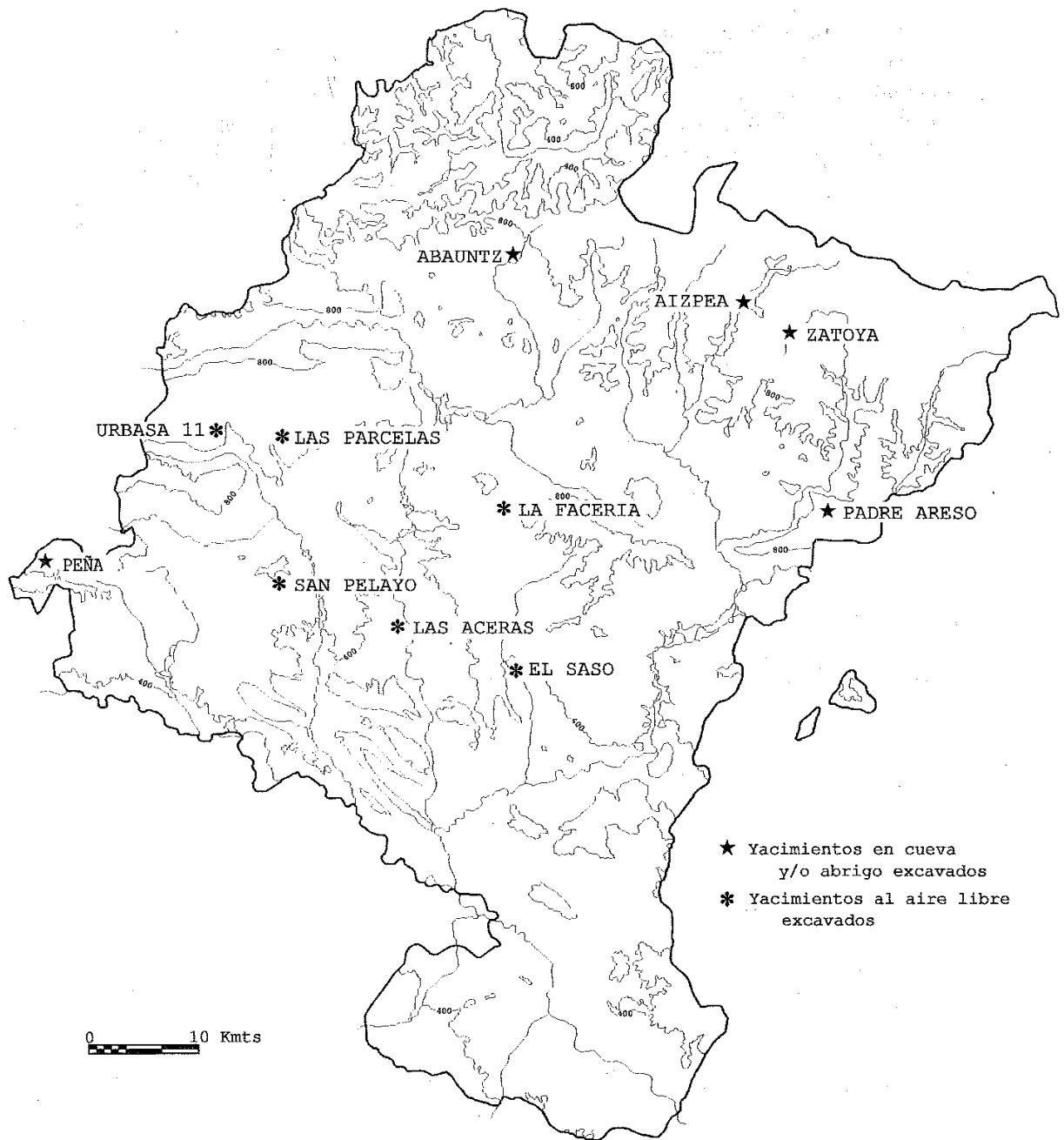


Figura 1: Relación de yacimientos excavados que aportan información sobre el VI a III milenio.

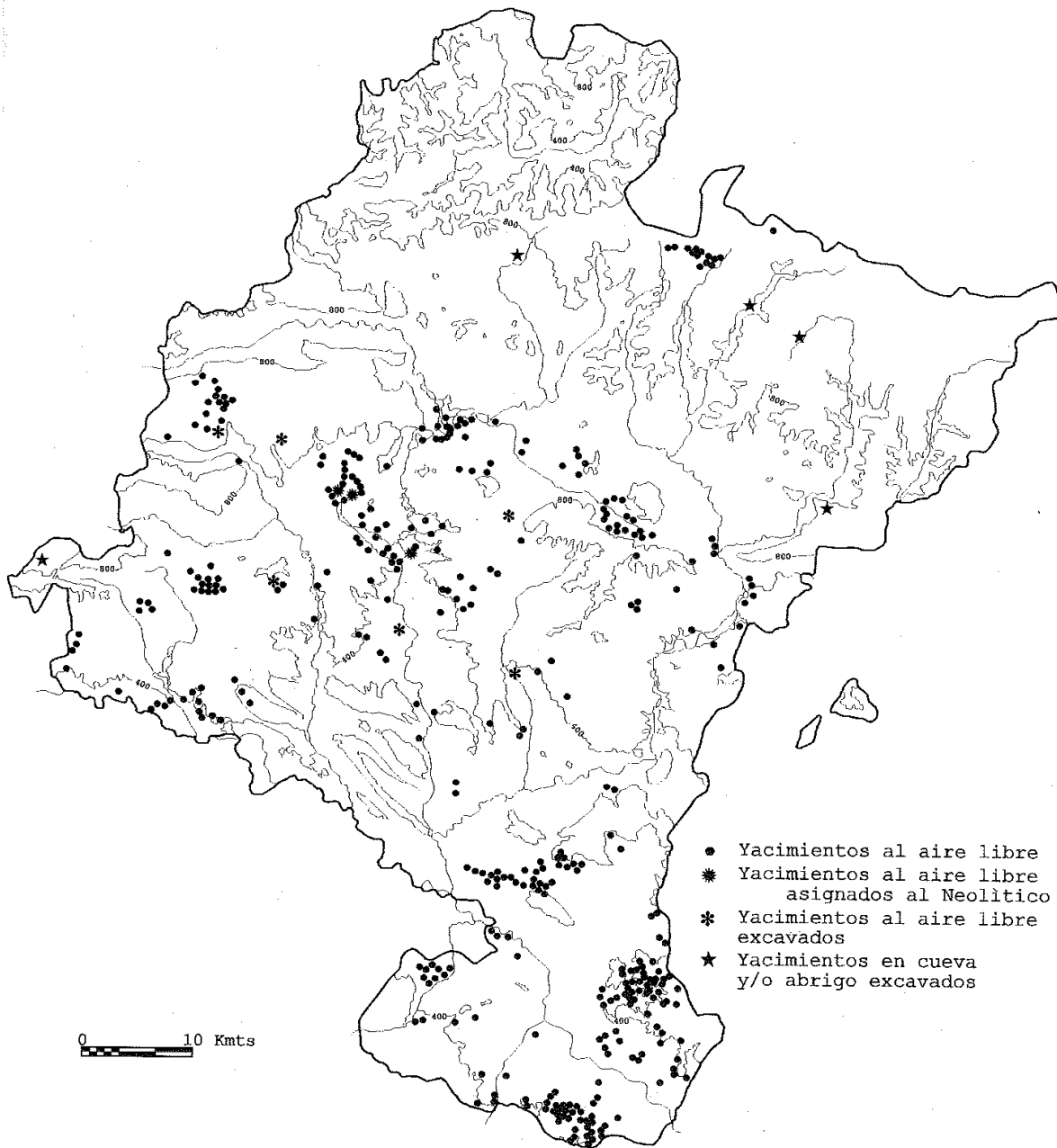
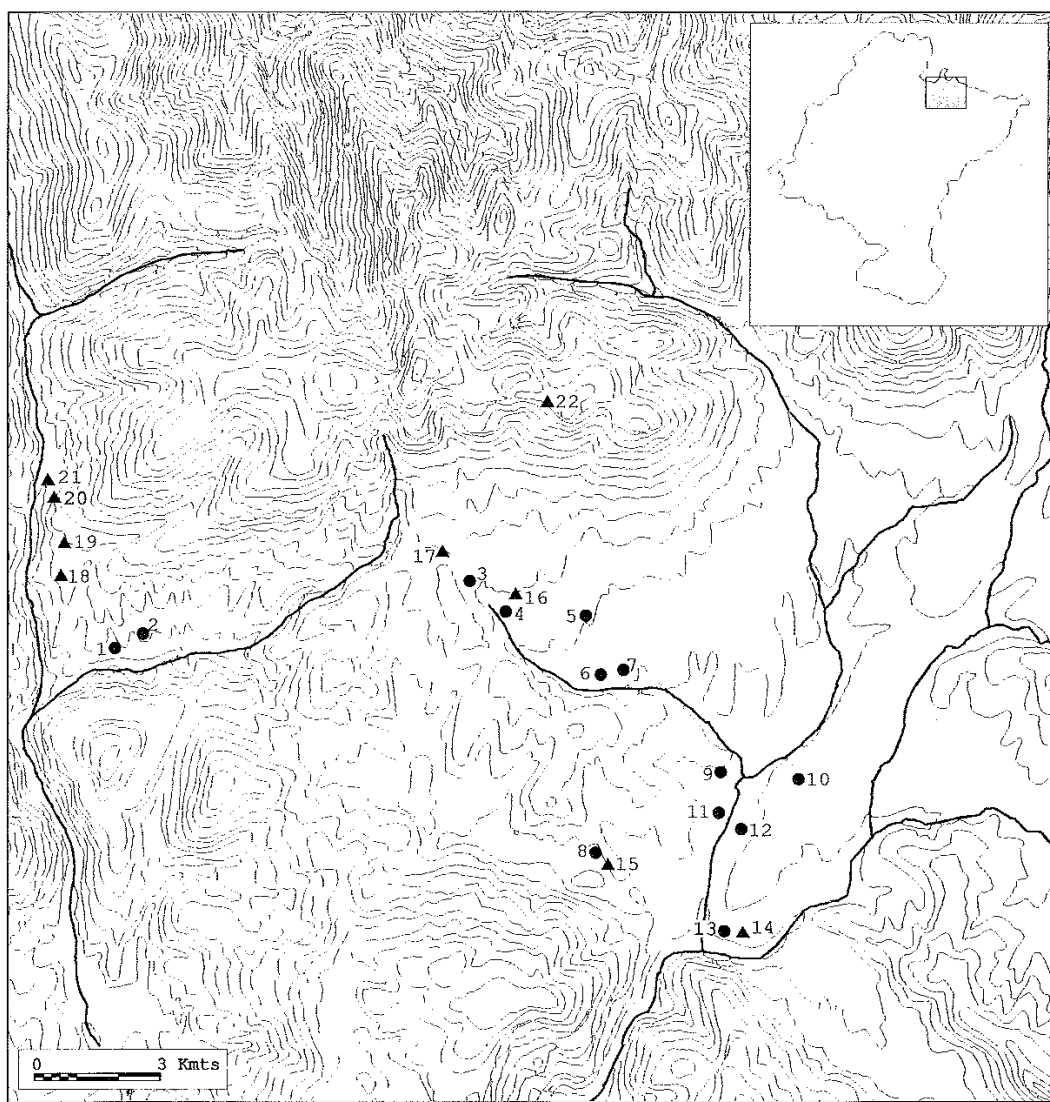


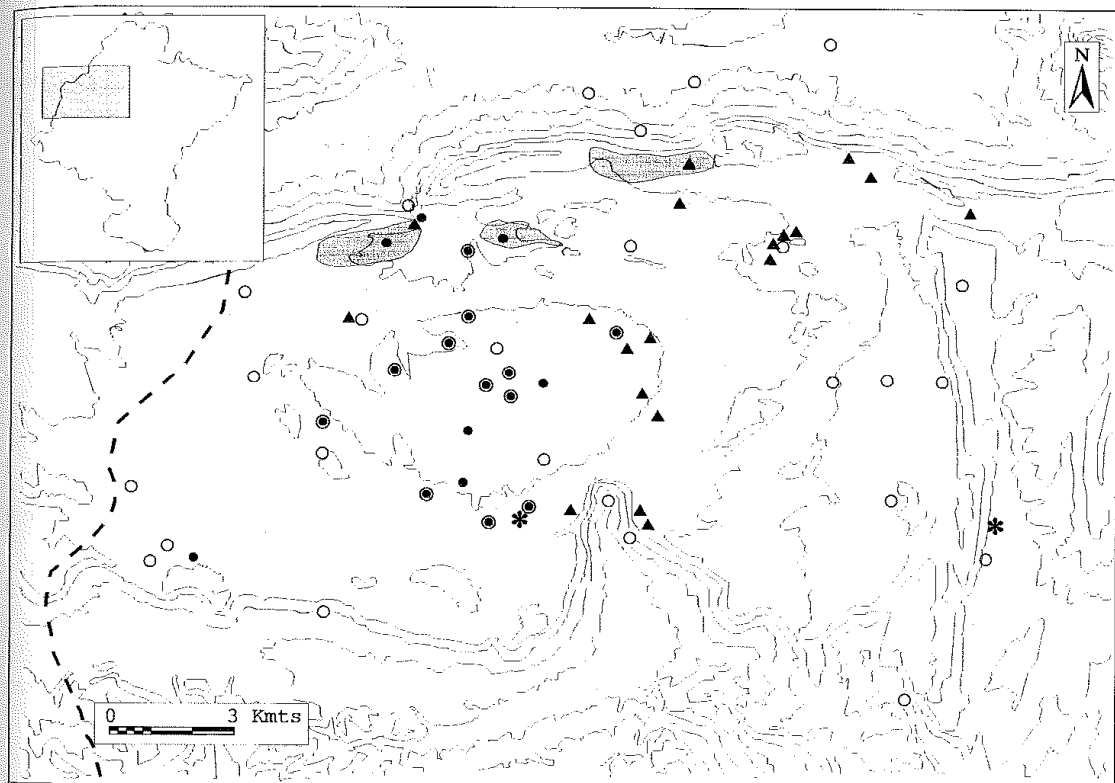
Figura 2: Localización de los yacimientos que hemos controlado para la secuencia cronológica Epipaleolítico Final-transición a la Edad del Bronce.



- Yacimientos al aire libre
- ▲ Dólmenes

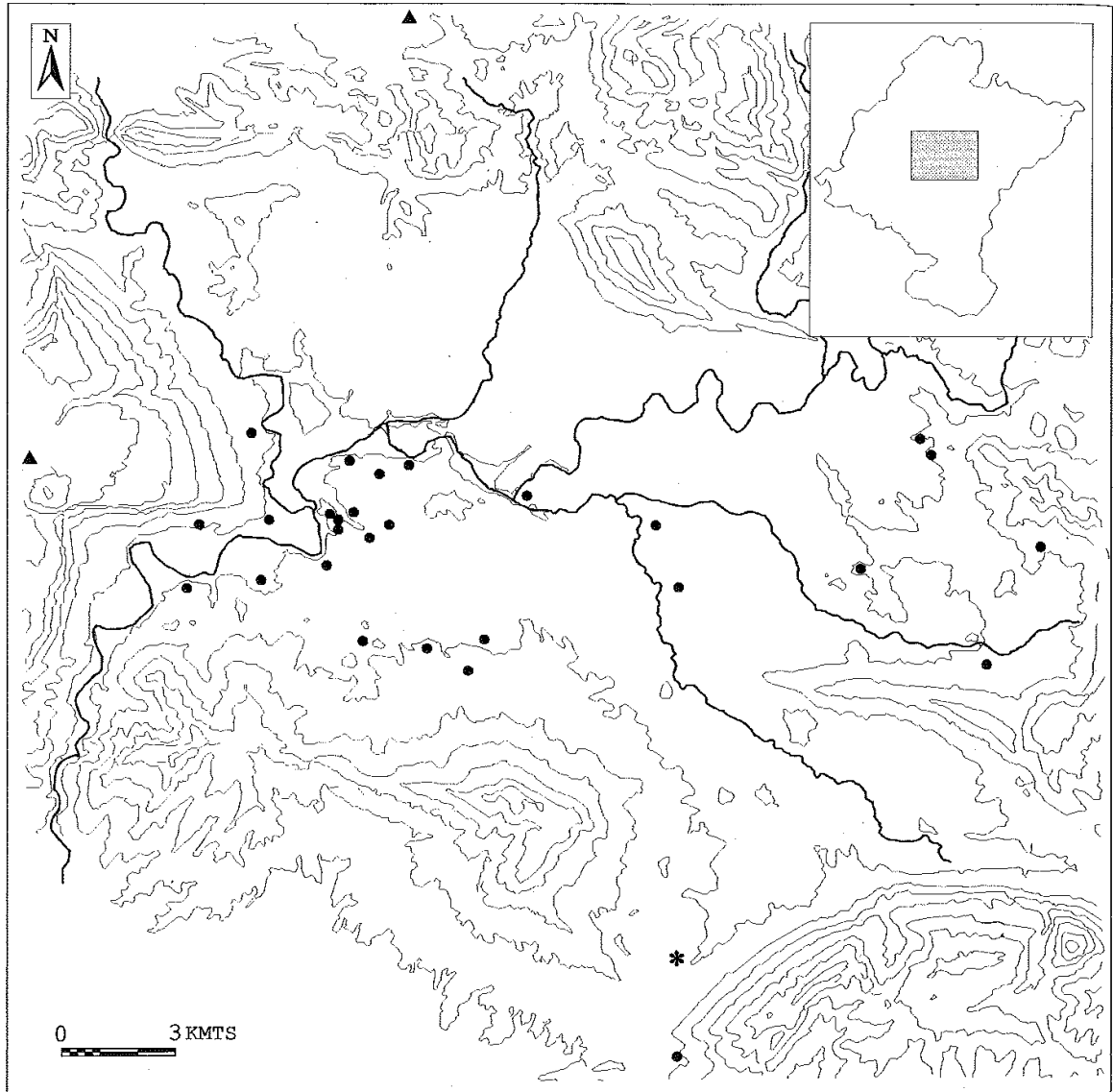
1 ITOLEGI I	12 OTEGI I
2 ITOLEGI II	13 BARATZEKO ERREKA
3 OIARZABAL I	14 BARATZEKO ERREKA
4 OIARZABAL II	15 URRIZMUNU
5 MEDITXURIKO BIDEA	16 ARTZILLO
6 OIARZABAL IV	17 URDANTXARETA
7 IRUERREKA	18 ARREGI II
8 URRIZMUNU	19 ARREGI I
9 OTEGI II	20 ODIEGO SUR
10 OTEGI IV	21 ODIEGO NORTE
11 OTEGI III	22 MENDIAUNDI

Figura 3: Ubicación de asentamientos y dólmenes en la llanada de Espinal-Burguete.



- Afloramientos naturales de sílex
- Fuentes y/o balsas
- Yacimientos al aire libre
- * Yacimientos al aire libre excavados
- ▲ Dólmenes

Figura 4: Localización de manifestaciones arqueológicas (asentamientos y dólmenes) de la Prehistoria Reciente de la Sierra de Urbasa. A la vez se han situado los puntos de agua permanente y los afloramientos naturales de sílex.



- Yacimientos al aire libre
- * Yacimientos al aire libre excavados
- ▲ Dólmenes

Figura 5: Situación de asentamientos y dólmenes conocidos en la Cuenca de Pamplona, entre el IV y III milenio.

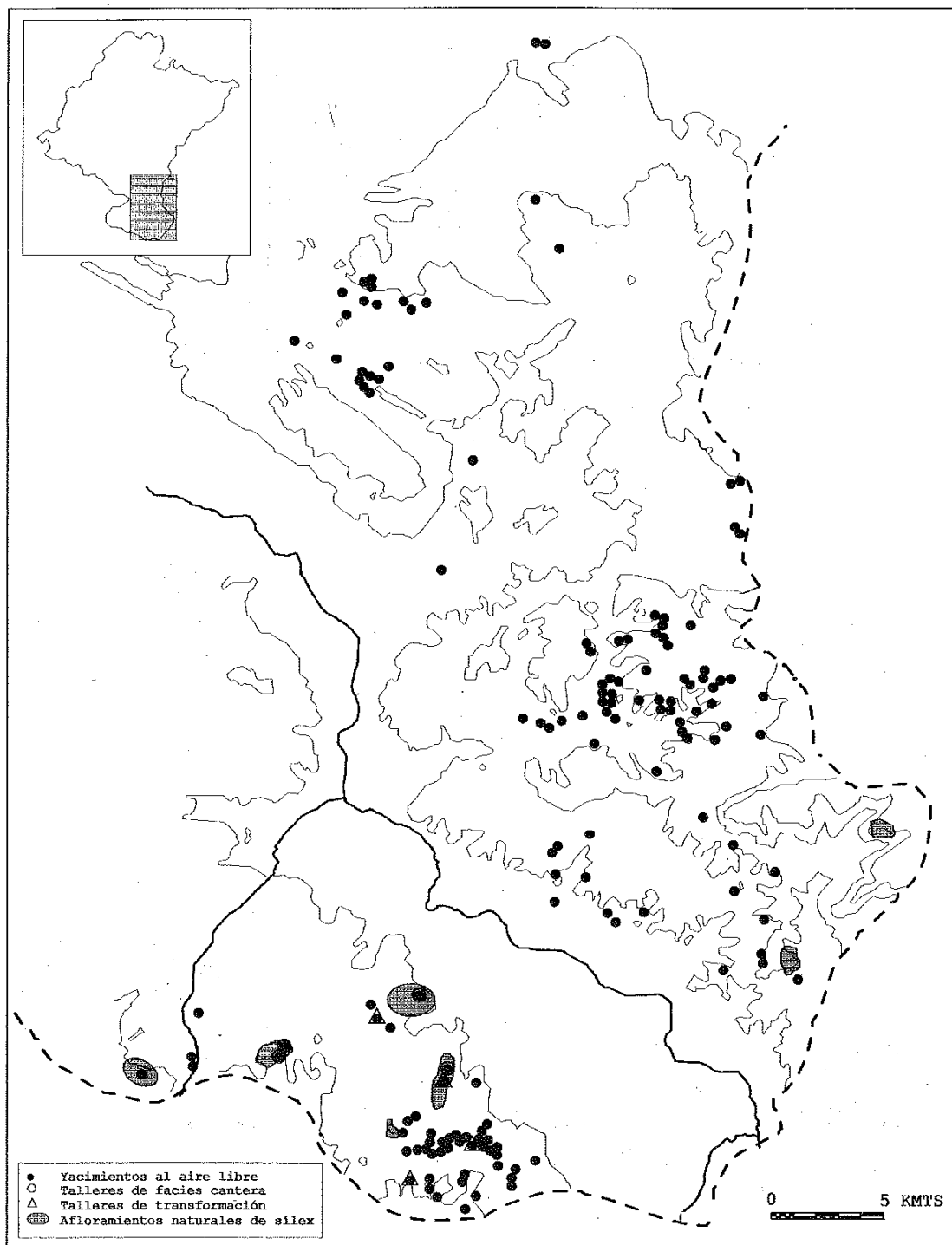


Figura 6: Localización de lugares arqueológicos (asentamientos y áreas de explotación del sílex) y de afloramientos naturales de sílex en parte de la Ribera tudelana.

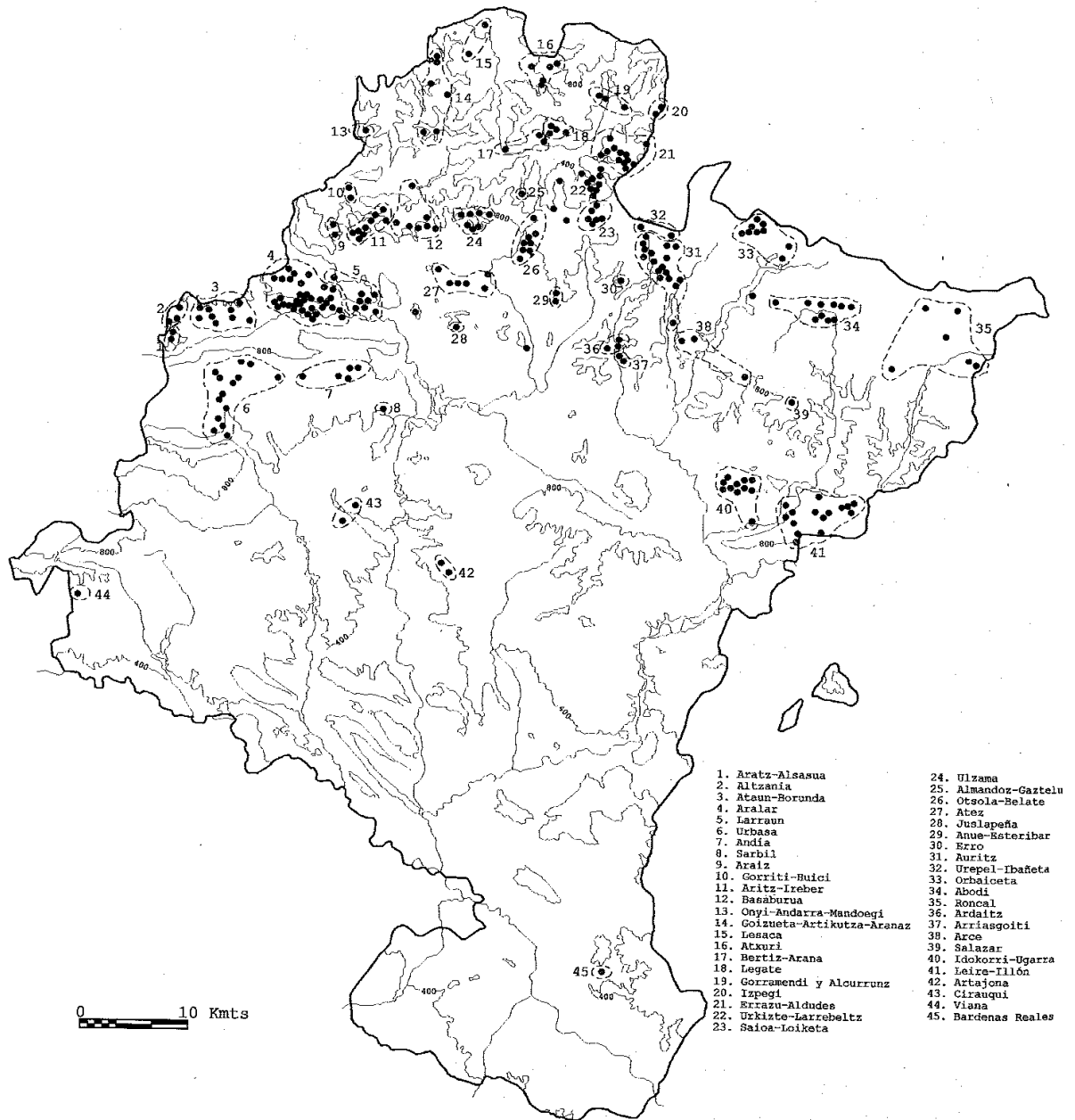


Figura 7: Distribución del fenómeno dolménico en Navarra (extraído y ampliado de Barandiarán, I. y Vallespi, E. 1984, 209).